

Además...

SUPLEMENTO DOMINICAL DE "LA REPUBLICA" CON ESTE CONTENIDO:

- * Los maestros de la literatura policial: LA AVENTURA DE LOS DANZANTES (Novela completa de Sherlock Holmes), por Arthur Conan Doyle.
- * A. C. A. DEBUSSY (Poema), por Gerardo Diego.
- * EL BALLET DE NUEVA YORK, por Norman Smith.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * Tradiciones costarricenses, UN GRAN SUSTO DE DON BRAULIO, por Gonzalo Chacón Trejos.
- * CONVIVENCIA ESPAÑOLA, por Miguel de Unamuno.
- * Ciencia de nuestro tiempo: EL SUBMARINO ATÓMICO, por Miguel León Portilla.
- * Los libros y los días: IVAN BUNIN, TESTIGO DEL ESPLENDOR, por Ramón Sender.
- * CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 23 de mayo de 1954

Nº 98

La Aventura de los Danzantes

CAPITULO I

Por Sir Arthur Conan Doyle



DURANTE varias horas Sherlock Holmes había permanentemente sentado en silencio con su larga y huesuda espalda encorvada frente a una redoma química que contenía una mezcla de algo especialmente maloliente. Con la cabeza hundida en el pecho se miraba, según mi punto de vista, como un gran pájaro descarnado de gris y opaco plumaje y negra coronilla.

"Así que, Watson," dijo repentinamente, "¿no se propone adquirir esas acciones sudafricanas?"

Hice un movimiento de sorpresa, preguntando luego: "¿Cómo diantres sabe usted tal cosa?"

Se dió vuelta haciendo girar su taburete y me miró con sus profundos ojos en los que brillaba una luz de regocijo.

"Vamos, Watson, confiese que lo he dejado totalmente sorprendido", dijo.

"Lo estoy."

"Dentro de cinco minutos dirá usted que absurdamente sencillo".

"Tengo la certeza de que no diré tal cosa".

"Verá, mi querido Watson", con testó, preparándose como un profesor que se dispone a dirigirse a su clase, "realmente no es difícil acumular una serie de inferencias, cada una con apoyo en la anterior y muy sencilla en sí misma. Si se procede así y luego se descartan todas las inferencias centrales y señala uno a sus oyentes el punto de partida y la conclusión, puede uno producir un efecto sorprendente, aunque posiblemente mercenario. Ahora bien, no fué realmente difícil, examinando la marca que tiene usted entre el índice y el pulgar, estar seguro de que usted no se proponía invertir su pequeño capital en minas de oro".

"No veo dónde esté la conexión".

"Probablemente no; pero yo puedo enseñarle una muy íntima. He aquí los eslabones perdidos de esta sencilla cadena: 1. Usted tenía tiza entre el dedo izquierdo y el pulgar cuando regresó anoche del club. 2. Se pone tiza ahí cuando juega al billar para reafirmar el taco. 3. Usted nunca juega al billar a no ser con Thurston. 4. Hace cuatro semanas que usted me contó que Thurston tenía una participación en alguna propiedad en Sudáfrica, la misma que expiraría dentro de un mes y que él deseaba que usted la compartiera. 5. Su chequera está encerrada en mi cajón y no me ha pedido la llave. 6. No se propone,

(Publicada por arreglos con los herederos de Sir Arthur Conan Doyle. Derechos mundiales reservados. Ilustraciones registradas conforme a la ley, por King Features Syndicate. Prohibida la reproducción parcial o total).

pues, invertir su dinero de ese modo.

"¿Qué absurdamente sencillo!" exclamé.

"¡Bastante!" dijo, algo amoscado. "Todos los problemas resultan infantiles cuando se los explican a uno. He aquí uno que carece de explicación. Vamos a ver qué hace usted con él, amigo Watson". Arrojó un pliego de papel sobre la mesa y se volvió nuevamente a su análisis químico.

Contemplé extrañado los absurdos jeroglíficos que aparecían en el papel.

"¡Vaya, Holmes, esto parece el dibujo de un niño!" exclamé.

"¡Conque esa es su idea!"

"¿Qué más puede ser?"

"Eso es lo que el señor Hilton Cubitt, de la Hacienda Ecuestre Thorpe, de Norfolk, está muy ansioso de saber. Este pequeño acortijo llegó en el primer correo de hoy y él iba a abordar el tren siguiente. Alguien está tocando el timbre. No me extrañaría que fuera él".

Se oyeron fuertes pisadas en la escalera y un instante más tarde hizo su entrada un caballero alto,

rubicundo, limpiamente rasurado, cuyos ojos claros y floridas mejillas hablaban de una existencia alejada de las nieblas de la calle Baker. Habiéndonos estrechado la mano, y ya a punto de sentarse, sus ojos se posaron en el papel con las curiosas inscripciones, el mismo que yo había examinado y dejado sobre la mesa.

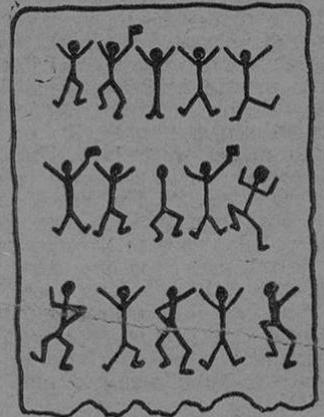
"Bien, Sr. Holmes, ¿Qué le parece eso?" exclamó. "Me aseguraron que usted era afecto a los misterios curiosos y no creo que pueda hallar uno más extraño que éste. Le envíe por anticipado el papel a fin de que tuviera tiempo de estudiarlo antes de que yo viniera".

"En verdad que es un producto algo extraño, "dijo Holmes". A primera vista parecía una jugarrera infantil. Consiste de una serie de figurillas absurdas que bailan en el papel en que están dibujadas. ¿Por qué debe atribuirle importancia alguna a un objeto tan grotesco?"

"Yo no se la atribuyo, Sr. Holmes. Pero mi esposa sí. La ha aterrorizado profundamente. No

me dice nada, pero puedo ver el terror en sus ojos. Por esa razón quiero horadar en el asunto hasta el fondo".

Holmes cogió el papel de modo que la luz del sol le pegara de lleno. Era una hoja arrancada a una libreta de apuntes. Las marcas estaban hechas a lápiz y trazadas así:



Lo examinó durante algún tiempo y luego, doblándolo cuidadosamente, lo colocó en su cartera.

"Esto promete ser un caso de lo más interesante e inusitado," dijo. "Usted me dió algunos detalles en su carta, Sr. Cubitt, pero le agradecería mucho que me repitiera todo para beneficio de mi amigo, el Dr. Watson".

"No soy muy buen narrador" dijo nuestro visitante, frotándose una y otra vez sus grandes y fuertes manos. "Pero comenzaré con la fecha de mi matrimonio el año pasado. Vine a Londres para asistir al Jubileo y me hospedé en una casa de huéspedes de Russell Square. Vivía allí una joven americana, de apellido Patrick, Elsie Patrick. Antes de que terminara mi mes estaba tan enamorado como puede estarlo cualquier hombre. Nos casamos sin ruido en un juzgado y regresamos a Norfolk ya unidos. A usted le parecerá insensato, Sr. Holmes, que un hombre de buena familia se case en tal forma, sin saber nada del pasado de su mujer o de sus parientes, pero si la viera y la conociera, le sería más fácil entenderlo.

"Elsie fué muy sincera acerca del asunto. No puedo decir que no me dió toda clase de oportunidades para zafarme si así lo deseaba. Me dijo: "Si me aceptas, Hilton, aceptarás una mujer que personalmente no tiene nada de qué avergonzarse, pero tendrás que aceptar mi palabra por ello y permitirme callar en todo lo que se refiere al pasado antes de ser tuya. Si estas condiciones son



ILLUSTRATION BY A. S. PACKER

Copyright 1954 King Features Syndicate, Inc. All rights reserved.

muy difíciles, regresa a Norfolk y déjame en la soledad en que me hallaste". Fué el día anterior a nuestro matrimonio cuando me dijo precisamente esas palabras. Le dije que estaba satisfecho en aceptarlas con esas condiciones y hasta el momento, he cumplido mi promesa".

"Ahora bien, tenemos ya un año de casados. Hace como un mes, a fines de junio, vi señales de dificultad, por primera vez. Un día mi esposa recibió una carta. Tenía estampilla americana. Se puso intensamente pálida, leyó la carta y la arrojó al fuego. No se volvió a referir a eso, ni yo tampoco, pues una promesa es una promesa, pero nunca ha tenido un momento de quietud desde entonces. Su cara siempre muestra una expresión de temor... una expresión de espera y ansiedad..."

"Ahora llevo a la parte realmente extraña de mi historia. Hace como una semana encontré en la repisa de una de las ventanas un montón de figurillas danzantes como las que tiene el papel. Estaban garabateadas con gis. Pensé que había sido el caballero quien las había dibujado, pero el jovencito jura no saber cosa alguna acerca de eso. De cualquier modo aparecieron allí de la noche a la mañana."

"Hice que las lavaran y mencioné a mi esposa el asunto sólo hasta después. Con sorpresa, la vi recibir la noticia con mucha seriedad y me rogó que si aparecieran otras le permitiera verlas. Durante una semana no se repitió el extraño caso y luego, ayer por la mañana, encontré ese papel en el reloj de sol que tengo en el jardín. Se lo mostré a Elsie y cayó desmayada al sólo verlo. Desde ese momento parece que vive en un sueño, medio ofuscada... Fué entonces cuando le escribí y le envié ese papel, Sr. Holmes. No era una cosa que pudiera presentar a la policía, pues se hubieran reído de mí, pero creo que usted me dirá qué es lo que debo hacer".

Sherlock había escuchado su historia con la mayor atención. Permaneció sentado durante un buen rato, sumido en profunda meditación.

"¿No cree usted, Sr. Cubitt", dijo, finalmente, "que el mejor plan debería ser acudir directamente a su esposa y rogarle que le comunicara su secreto?"

Hilton Cubitt sacudió su enorme cabeza. "Una promesa es una promesa, Sr. Holmes. Si Elsie quisiera decírmelo, me lo diría. Si no quiere, no seré yo quien la obligue a hacerlo. Me creo justificado en obrar así, y así seguiré obrando."

"Entonces le ayudaré con todo mi corazón. En primer lugar, ¿ha tenido usted noticias de que se haya visto a algún extraño rondando por donde usted vive?"

"No".

"Supongo que es un lugar muy tranquilo. ¿Cualquier cara nueva originaría muchos comentarios?"

"En las cercanías inmediatas, sí. Pero tenemos varios balnearios a poca distancia. Y los campesinos reciben huéspedes."

"Estos jeroglíficos tienen un significado, indudablemente. Si es sistemático, no abrigo dudas de que llegaremos a su fondo. Pero esta muestra especial es tan corta que no puedo hacer nada. Le sugeriría que regresara a Norfolk, que vigilara cuidadosamente y que hiciera una copia exacta de cualesquiera otros nuevos danzantes que surjan. Efectúe también una discreta investigación sobre alguna gente extraña que haya en las cercanías. Entonces, vuelva a mí. Es el mejor consejo que puedo darle, Sr. Cubitt".

"Aquella entrevista dejó a Holmes muy pensativo, y varias veces durante los días que siguieron lo vi sacar de su cartera el

pliego de papel y estudiar cuidadosamente sus curiosas figurillas. No hizo alusión al asunto, sin embargo, hasta una tarde como quince días después. Yo iba a salir cuando me hizo regresar.

"Es mejor que se quede, Watson".

"¿Por qué?"

"Porque esta mañana recibí un telegrama de Hitton Cubitt. ¿Lo recuerda usted con sus hombrecitos danzantes? Debería llegar a la calle de Liverpool a la una y veinte. De un momento a otro puede estar aquí".

No tuvimos que esperar mucho pues nuestro caballero de Norfolk vino directamente de la estación con la rapidez con que pudo traerlo el cabriolé. Se veía preocupado y deprimido.

"Esto me está poniendo nervioso, Sr. Holmes", dijo, al dejarse caer en un sillón. "Bastante desagradable resulta saber que está uno rodeado de seres invisibles con quien sabe qué designios en contra de uno; pero cuando, por añadidura, sabe uno que le están matando a la esposa poco a poco, resulta más de lo que uno puede soportar. La veo que se desintegra, que se desintegra delante de mis ojos...!"

"¿No le ha dicho algo ella todavía?"

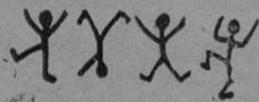
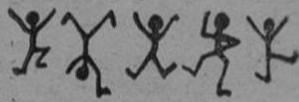
"No, no lo ha hecho. Sin embargo, ha habido ocasiones en que ha querido hacerlo y no se ha decidido a efectuar el salto. He tratado de ayudarle, pero me atrevo a decir que lo ha hecho con torpeza y la atemorice".

"¿Pero ha encontrado usted algo por sí mismo?"

"Bastante, señor Holmes. Tengo varios grabados nuevos de hombres danzantes para que usted los examine. Lo que es más importante, he visto al individuo!"

"¿Qué! ¿Al que los dibuja?"

"Sí, lo vi trabajando. Pero se lo diré todo en su orden. Cuando regresé después de que lo visité, lo primero que vi la mañana siguiente fué una nueva cosecha de hombres danzantes. Habían sido trazados con gis sobre la puerta negra de madera de la casa de herramientas que se halla en el prado que da a las ventanas de enfrente. Hice una copia exacta y aquí está". Desdobló un papel y lo colocó sobre la mesa. He aquí la copia de los jeroglíficos:



"¡Excelente!" dijo Holmes. "¡Excelente!" por favor continúe."

"Así que he sacado la copia, borré las marcas pero dos días más tarde apareció una nueva inscripción. Aquí tengo también una copia de ella":



Holmes se frotó las manos y soltó una risita de satisfacción. "Nuestro material se acumula rápidamente" dijo.

"Tres días más tarde dejaron un mensaje escrito en papel y colocado bajo un pedruzco sobre el reloj de sol. He lo aquí. Como usted puede ver, los caracteres son

idénticos a los del primero. Después de eso decidí permanecer a la expectativa, así que cogí mi revólver y me senté en mi estudio que da al prado y al jardín. Como a las dos de la mañana, en plena oscuridad a no ser por la luz de la luna, oí pasos detrás de mí. Al volverme vi a mi esposa en bata de dormir. Me rogó que me fuese a acostar. Le dije con toda franqueza que deseaba saber quién era el que nos estaba haciendo objeto de aquellas absurdas bromas. Me contestó que creía que era una broma sin sentido y que no debía prestarle ninguna atención.

"Si realmente te molesta, Hilton, podríamos salir de viaje, tu y yo, y de este modo aludir esta plaga".

"¿Qué!" ¿Abandonar nuestra propia casa a causa de un bromista?" pregunté yo. ¡Cielos! ¡Todo el condado se reiría de nosotros!"

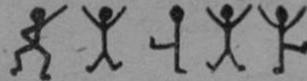
"Bueno, ven a acostarte, podemos discutir eso por la mañana".

"Repentinamente, mientras hablaba, vi a la luz de la luna que su blanca cara se ponía más y más pálida y sentí cómo su mano se crispaba sobre mi hombro. Algo se movía en la sombra de la casa de herramientas. Vi una figura negra que se arrastraba y dando vuelta a la esquina se acuclillaba frente a la puerta. Cogiendo mi pistola, me precipitaba hacia afuera cuando mi esposa me echó los brazos alrededor y me detuvo con fuerza convulsiva. Traté de zafarme, pero ella me retenía con desesperación. Finalmente lo logré, pero cuando abrí la puerta y llegué a la casa, la criatura había desaparecido. Dejé, sin embargo una señal de su presencia, pues allí en la puerta estaba el mismo arreglo de hombres danzantes que ya había aparecido dos veces y que yo he copiado en ese papel. No había otra señal de aquel individuo en ningún otro lugar, por más que recorrí todo el terreno. Pero la cosa más sorprendente es que debe haber permanecido ahí todo el tiempo, pues cuando examiné la puerta por la mañana, había garabateado más figurillas bajo la línea que yo ya había visto."

"¿Tiene usted el último dibujo?"

"Sí, es muy corto, pero saqué una copia. Aquí está".

Mostró otro papel. La nueva danza tenía esta forma:



"Dígame", dijo Holmes, y pude ver en sus ojos que se sentía sumamente excitado, "Era sólo un aditamento al primero o aparecía enteramente aparte?"

"Estaba en una porción diferente de la puerta".

"¡Excelente! Esto es lo más importante de todo para nuestros propósitos. Me llena de esperanzas. Ahora, Sr. Cubitt, por favor continúe con su interesantísima declaración".

"Por supuesto que me enojé con mi esposa por haberme impedido actuar. Me dijo que había temido que yo sufriera daño. Por un momento tuve la idea de que lo que ella había temido era que él sufriera algún daño, pues no tenía dudas de que ella sabía quién era ese hombre. Pero hay algo en el tono de voz de mi mujer, Sr. Holmes, y una mirada en sus ojos que eliminan toda clase de dudas. Por eso creo que en lo que ella pensaba era mi propia seguridad. Allí tiene usted todo el caso y ahora me gustaría ser aconsejado por usted sobre lo que tengo que hacer. Yo me inclino por la idea

de colocar media docena de mis mozos entre los arbustos y cuando aparezca de nuevo ese tipo darle tal paliza que no le queden ganas de volver a importunarnos".

"Pienso que el caso es demasiado complicado para remedios tan sencillos", dijo Holmes. "¿Cuánto tiempo puede usted permanecer en Londres?"

"Debo regresar hoy mismo. Por nada en el mundo dejaré a mi esposa sola toda la noche".

"Tiene usted razón. Pero si hubiera podido quedarse, tal vez yo hubiera podido regresar con usted dentro de un par de días. Mientras tanto déjeme estos papeles. Probablemente podrá hacerle una visita dentro de muy poco tiempo".

Sherlock conservó su calma profesional hasta que nuestro visitante hubo partido, pero para mí era fácil notar que estaba profundamente emocionado. Un momento después de que la amplia espalda de Cubitt desapareció por la puerta, mi compañero se precipitó a la mesa, colocó frente a sí todos los pliegos con las figurillas danzantes y se abismó en una serie de cálculos complicados y laboriosos.

Durante dos horas lo vi llenar hoja tras hoja con números y letras, tan completamente absorto en su tarea que evidentemente se olvidó de mí por completo. Algunas veces parecía estar cerca de la solución y silbaba y cantaba gustosamente; otras veces parecía perplejo y permanecía sentado por largo rato con el ceño fruncido y la mirada perdida en el vacío.

De pronto saltó de la silla lanzando una exclamación de satisfacción y empezó a caminar por el cuarto frotándose las manos. Acto seguido redactó un largo telegrama en forma impresa.

"Si la respuesta que reciba es como lo espero, tendrá usted un caso muy bonito que agregar a su colección, Watson", dijo. "Espero que podremos ir a Norfolk mañana y llevar a nuestro amigo una buena noticia".

Pero la esperada respuesta al telegrama se demoró y surgió una impaciente espera de dos días. Ya muy por la tarde del segundo día se recibió una carta de Cubitt. No reportaba ninguna novedad, salvo que esa mañana había aparecido una inscripción bastante larga sobre el pedestal del reloj de sol. Mandaba una copia de la misma, que se reproduce luego:



Holmes se dedicó a estudiar este grotesco dibujo durante algunos minutos. Repentinamente se puso de pie lanzando una exclamación de sorpresa y consternación. En su cara se dibujaba una profunda ansiedad.

"Hemos permitido que este asunto se alargue demasiado", dijo. "¿Hay algún tren que salga esta noche para North Walsham?"

Consulté el itinerario de trenes. El último acababa de salir.

"Entonces tomaremos el primero de la mañana" dijo. "Se necesita urgentemente que estemos allí. ¡Ah! Ya llega nuestro telegrama. Este mensaje nos obliga aún

más a no perder ni un minuto en comunicar al señor Cubitt como marcha la cosa, pues es una peligrosa trampa en la que está por caer nuestro sencillo caballero de Norfolk". Y, desgraciadamente así

CAPITULO II

Apenas hubimos desembarcado en North Walsham y mencionado el lugar de nuestro destino, cuando se acercó a nosotros rápidamente el jefe de estación. "Creo que ustedes son los detectives que vienen de Londres", dijo.

Una expresión de fastidio se dibujó en la cara de Holmes. "¿Qué es lo que le hace pensar tal cosa?" "Es que el Inspector Martin de Norwich acababa de pasar por aquí. Pero tal vez sean ustedes los médicos. No ha muerto todavía... O no había muerto según las últimas noticias. Aun pueden ustedes salvarla, aunque sea para la horca.

Una expresión de profunda ansiedad obscureció la faz de Sherlock.

"Vamos a la Hacienda Ecuestre Thorpe", dijo, "pero no tenemos ninguna noticia de lo que haya pasado allí".

"Es una cosa terrible" dijo el jefe de estación. "Ambos fueron balanceados... el Sr. Cubitt y su esposa. Ella le disparó a él y luego se hirió a sí misma... Es lo que dicen los sirvientes. El murió y se teme por la vida de ella..."

Sin pronunciar palabra Holmes se dirigió al coche. Muy raras veces le he visto tan desalentado. Se reclinó en su asiento ensimismado en tristes meditaciones.

Finalmente nuestro cochero señaló con el látigo hacia dos antiguos tejados de ladrillo y madera que entresalian de una cercana arboleda.

"Esa es la Hacienda Ecuestre Thorpe" dijo.

Al continuar en el coche hacia una puerta protegida por un antiguo pórtico, un hombrecito de porte gallardo descendía de un coche de dos ruedas. Se presentó a nosotros como el inspector Martin, de la policía de Norfolk, y se sorprendió mucho cuando oyó el nombre de mi acompañante.

"Pero, Sr. Holmes, el crimen apenas se cometió a las tres de esta mañana! ¿Cómo pudo usted saberlo en Londres y trasladarse a este lugar con tanta rapidez?"

"Me anticipé. Vine con la esperanza de impedirlo."

"Entonces usted posee evidencia muy importante, que nosotros ignoramos, pues se dice que era una pareja de lo más feliz".

"Solamente poseo la evidencia de los hombres danzantes," dijo Holmes. "Más tarde le daré toda clase de explicaciones. Mientras tanto, ya que es demasiado tarde para evitar esta tragedia, estoy ansioso por usar lo que sé para asegurarnos de que se haga justicia. ¿Quiere usted tenerme como compañero en sus investigaciones o preferiría que yo actuara independientemente?"

"Me haría sentirme muy orgulloso saber que estamos actuando juntos, Sr. Holmes," dijo el inspector con acento sincero.

"En tal caso, tendré gusto en conocer los hechos y examinar el lugar sin demoras innecesarias".

El Inspector Martin poseía el buen tino de dejar que mi amigo hiciera las cosas a su propio modo. El médico local informó que las heridas de la Sra. Cubitt eran serias pero no necesariamente fatales. La bala había atravesado su cráneo frente al cerebro y probablemente pasaría bastante tiempo antes de que recobraría el sentido. Sobre si la habían herido o se había herido a sí misma, era cosa que él no podía decir a cien-

cia cierta. No había dudas sobre el hecho de que la bala había sido disparada a quemarropa.

Sólo se encontró una pistola en la habitación, cuyos dos cañones habían sido descargados. El Sr. Cubitt había recibido el balazo en el corazón. Era igualmente concebible que él la hubiese herido a ella primero y vuelto el arma luego contra sí, o bien que ella era quien había usado el arma pues ésta se encontraba entre los dos.

"¿No lo han movido?" preguntó Holmes.

"Lo único que hemos movido es a la señora. No podíamos dejarla tirada allí en el suelo.

"¿Cuánto tiempo hace que está usted aquí doctor?"

"Desde las cuatro de la mañana".

"¿Alguna otra persona?"

"Sí, el alguacil".

"¿No han tocado usted nada?"

"Nada".

"¿Quién los mandó llamar?"

"La doncella Saunders".

"¿Fue ella la que dió la alarma?"

"Ella y la señora King, la cocinera".

"¿Dónde están ahora?"

"Creo que están en la cocina".

"Pienso que será mejor que oigamos sus historias en seguida".

Las dos mujeres relataron sus historias con bastante claridad. Ambas habían sido despertadas por una explosión, a la cual había seguido otra momentos después. Dormían en cuartos contiguos y la señora King había ido de inmediato al de Saunders. Juntas habían bajado la escalera. La puerta del estudio estaba abierta y una vela ardía sobre la mesa. Su amo yacía boca abajo en el centro del cuarto. Estaba muerto. Junto a la ventana su esposa estaba acucillada reclinándose en la pared. Tenía una herida horrible, respiraba fatigosamente y no podía emitir palabra alguna.

Tanto el pasillo como el cuarto oían a humo y pólvora. No había duda de que la ventana estaba cerrada y asegurada por dentro. Sobre este punto las dos estaban absolutamente de acuerdo. Inmediatamente habían llamado al doctor y al alguacil. Luego, con la ayuda del palafrenero y el caballerizo, habían trasladado a su cuarto a su ama herida. Tanto ésta como su esposo habían ocupado la cama. Ella llevaba puesto su vestido y él una bata sobre sus ropas de dormir. Ninguna cosa había sido removida de la habitación. Por lo que ellas sabían, nunca habían reñido los esposos.

Lo anterior constituyó la evidencia principal que aportaron los criados. Todos afirmaron que las puertas de la casa estaban perfectamente aseguradas por dentro. Nadie pudo haber escapado de ella. A una pregunta de Holmes, recordaron haber notado el olor a pólvora desde el momento en que salieron corriendo de sus cuartos en el piso de arriba. Le recomiendo que se fije muy cuidadosamente en ese hecho, dijo Holmes a su colega profesional. "Y ahora creo que estamos en condiciones de efectuar un cuidadoso examen de la habitación".

El llamado estudio resultó ser un pequeño cuarto con tres de sus paredes cubiertas de libros y con una pequeña mesa de escribir colocada ante una ventana que daba al jardín. Primeramente concedimos nuestra atención al cuerpo del desgraciado caballero. Sus ropas en desorden mostraban la prisa con que había abandonado su lecho. Se le había disparado de enfrente y la bala había quedado alojada en su cuerpo después de atravesarle el corazón. Ni en su bata ni en sus manos había marcas de pólvora. De acuerdo con el dictamen del médico rural la señora tenía marcas



ILLUSTRATION BY A. S. PACKER

Copyright 1934, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.

de pólvora en la cara pero no en las manos.

"La ausencia de esas marcas no significa nada, aunque su presencia puede significarlo todo, dijo Holmes. "A menos que la pólvora de un cartucho mal ajustado salte hacia atrás, uno puede disparar muchas veces sin que quede una sola señal. Sugeriría que se llevaran el cuerpo del Sr. Cubitt. Supongo, doctor, que no ha extraído usted todavía la bala del cuerpo de la señora Cubitt."

"Tal cosa requeriría una operación muy delicada. Pero todavía quedan cuatro cartuchos en el revólver. Dos se han disparado y producido dos heridas, así que sabemos el paradero de cada uno de ellos".

"Así parece", dijo Holmes. "Pero, ¿podría usted dar cuenta también de la bala que tan claramente ha hecho ese orificio al borde de la ventana?"

Al decir esto se había dado vuelta con rapidez y su largo y huesoso dedo señalaba el agujero que atravesaba la repisa de la ventana como a una pulgada arriba de la base.

"¡Por Dios!" exclamó el inspector. "¿Cómo vió usted eso?"

"Porque lo estuve buscando"

"¡Maravilloso!", dijo el doctor rural. "Sin duda alguna que tiene usted razón señor. Entonces se disparó una tercera bala, lo que quiere decir que estaba presente una tercera persona. ¿Pero quién pudo haber sido y cómo pudo escapar?"

"Ese es el problema que estamos a punto de resolver ahora," dijo Holmes. "Recuerda usted, Inspector Martin, que los criados aseguraron que al abandonar sus habitaciones habían percibido un olor a pólvora y que yo le dije que ese era un detalle muy importante?"

"Sí, señor; pero confieso que no le entendí".

"Ese detalle sugería que en el momento de los disparos tanto la ventana como la puerta estaban abiertas." De otro modo el humo de la pólvora no podría haberse esparcido tan rápidamente por la casa. Sólo una corriente de aire podía hacer tal cosa. Sin embargo, puerta y ventana estuvieron abiertas durante muy poco tiempo".

"¿Cómo demuestra usted tal cosa?"

"Porque no se apagó la vela".

"¡Formidable!", exclamó el inspector. "¡Formidable!"

Holmes observó: "Estando segu-

ro de que la ventana había sido abierta durante la tragedia, se me ocurrió que podía haber habido una tercera persona en el asunto, la misma que permaneció fuera y disparó por esta abertura. Cualquiera disparo hecho a esta persona podía dar en la repisa. Busqué, y, en efecto, allí estaba la señal de la bala".

Pero, ¿por qué estaba cerrada y asegurada la ventana?"

"El primer movimiento instintivo de la mujer fué cerrar y asegurar la ventana," dijo Holmes. "Ahora es preciso que intentemos aclarar lo de la tercera bala que fué disparada desde dentro de la habitación. Me gustaría ver de nuevo a la Sra. King, la cocinera".

"Usted dijo, Sra. King, que le despertó una fuerte explosión. Cuando afirmó tal cosa, ¿quiso decir que le había parecido más fuerte que la segunda?"

"Pues, señor, me despertó de mi sueño y es difícil juzgar. Pero sí me pareció muy fuerte."

"¿No cree usted que puede haber sido porque se hicieron dos disparos casi al mismo tiempo?"

"No lo podría decir con seguridad, señor".

"Me inclino a creer, Inspector Martin, que ya hemos aprendido de esta habitación todo lo que nos puede enseñar. Si quiere hacerme el favor de venir conmigo, veremos qué es lo que el jardín tiene que mostrarnos en materia de evidencia".

Frente a la ventana se extendía un lecho de flores. Las flores se veían pisoteadas y el blando suelo marcado con toda clase de pisadas. Eran marcas hechas por zapatos de hombre con agudas punteras, particularmente largas. Holmes anduvo husmeando por entre el pasto y las hojas como un perro de caza tras una ave herida. De pronto, con una exclamación de satisfacción, se inclinó y recogió un pequeño cilindro de bronce.

"Como me lo suponía," dijo; "el revólver tenía un eyector y aquí tenemos el tercer cartucho. Realmente pienso, inspector, que nuestro caso está casi completo".

La cara del detective provincial mostraba su profunda sorpresa ante el rápido y magistral progreso de la investigación. "¿De quién sospecha?, preguntó."

"Tocaré ese punto más tarde. Hay varios detalles en este problema que todavía no le he explicado. Ya que he llegado hasta aquí, debo proceder de acuerdo

debe usted es demostrar a todo el mundo que ella no es responsable del trágico fin de él".

"Creo que eso es lo mejor", dijo el americano. "Pienso que mi mejor defensa será contar la verdad completa".

"Es mi deber advertirle que será usada en contra suya," intervino el inspector con el gesto magnífico de la ley criminal inglesa.

Slaney se encogió de hombros. "Tendré que arriesgarme a eso", dijo. "Ante todo, diré que he conocido a esta señora desde que era niña. Formaba yo parte de una pandilla integrada por siete personas en Chicago, siendo una de ellas el papá de Elsie. Fué él quien inventó esa escritura que puede tomarse como los garabatos de un niño, a menos que usted conozca la clave. Bueno. Elsie aprendió algunas de nuestras mañas, pero no pudo soportar el jaleo y un buen día nos dió el esquinazo y se vino a Londres. Estaba comprometida conmigo y se hubiera casado, creo si yo hubiera tenido otra profesión. Fué sólo hasta después de su casamiento cuando supe donde se encontraba. Le escribí, pero no me contestó... Crucé el mar y, viendo que las cartas no producían ningún resultado, coloqué mis mensajes donde pudiera verlos.

"Ya voy a cumplir un mes por estos rumbos. Lo he intentado todo para convencer a Elsie. Sabía que leía mis mensajes, pues una vez escribí algo bajo uno de ellos. Pero luego me llené de ira y empecé a enviarle amenazas. Me escribió una carta rogándome que me fuera, afirmando que se moriría de pena si el escándalo perjudicaba a su esposo. Me prometió que bajaría como a las 3 de la mañana, cuando estuviera bien dormido su marido y que hablaría conmigo con tal de que yo me alejara de ella después.

"Bajó y se trajo algún dinero consigo tratando de sobornarme para que me fuera. Esto me enfureció tanto, que cogiéndola de un brazo traté de sacarla por la ventana. En este momento se precipitó su marido empujando un revólver. Elsie se había dejado caer al suelo y nosotros quedamos cara a cara. Yo estaba atemorizado también, pero sostuve mi pistola con el ánimo de asustarle y huir de aquel lugar. Me disparó y falló. Disparé yo y lo vi caer de inmediato. Corrí a través del jardín y al hacerlo oí cómo se cerraba la ventana detrás

de mí. Juro que cada una de esas palabras es la verdad, señores. No supe ninguna otra cosa del asunto hasta que este muchacho fué a verme con una nota, la misma que me ha hecho acudir aquí".

"Mientras el americano hacía el relato anterior había llegado el carruaje. El inspector Martin se puso de pie y tocó el hombro de su prisionero.

"Es hora de que partamos".

"¿No se me permite verla antes?"

"No, está inconsciente."

Desde la ventana vimos alejarse al carruaje. Al darme vuelta vi el papel arrugado que el prisionero había arrojado sobre la mesa. Era la nota con que Holmes lo había atraído.



"A ver si puede leerlo, Watson," dijo con una sonrisa. "Si usa la clave que expliqué hace poco hallará usted que solamente significa: "Ven enseguida". Estaba con intención de que sería una invitación que él no rechazaría, ya que no podía imaginarse que fuera de otra persona a no ser la señora. De este modo, mi estimado Watson, hemos logrado que los hombres danzantes hayan hecho si quiera una buena acción ya que todo el tiempo han sido agentes del mal y creo que también he cumplido mi promesa de darle algo inusitado para su libreta de apuntes.

Sólo una palabra a modo de epílogo. Abe Slaney fué condenado a muerte pero le fué conmutada esa pena por la de prisión perpetua en vista de la certidumbre que se tuvo de que Cubitt había disparado primero. La señora Hilton Cubitt sanó por completo y aún continúa en viudez, dedicada por entero al cuidado de los pobres y a la administración de la fortuna de su esposo.

EL BALLE EN NUEVA YORK

Por Norman Smith

ACE sólo unos días que el "Ballet de la ciudad de Nueva York" terminó otra temporada de funciones, la cual resultó muy interesante por su carácter experimental. Sus resultados fueron evidentes, pero hay disparidad de criterios en cuanto a la eficacia del experimento.

La compañía es de muy reciente creación y, el ballet, una modalidad artística relativamente nueva en los Estados Unidos. A pesar de ello la compañía ha logrado conquistar fama internacional y el apoyo de millares de leales aficionados en la ciudad de Nueva York y la nación. Fué realmente aclamada durante el recorrido que hizo por Europa el año pasado y contribuyó mucho a demostrar lo mucho que los Estados Unidos están haciendo en pro de las artes, especialmente el baile, que tan sensitivo es y tan altos conocimientos técnicos requiere.

En su temporada pasada, el Ballet de la ciudad de Nueva York pasó por un verdadero vía crucis. Por primera vez puso en escena un programa de diez semanas que es, en muchos aspectos, más agotador y difícil que los programas de cinco semanas, especialmente cuando la compañía tiene que hacerles frente a tantas dificultades como las de dicha temporada.

El plan de dar funciones por espacio de diez semanas apenas regulares para reponerse económicamente ni para que se les avive les deja tiempo a los aficionados de nuevo el deseo de asistir a funciones del repertorio ordinario, que tienen que repetirse durante las diez semanas.

Dicha circunstancia se complicó aún más cuando, por razón de enfermedad o accidentes, las estrellas de la compañía no pudieron aparecer en las tablas según habían sido anunciadas. Andre Eglevsky, primer bailarín de la compañía, y tres bailarines no pudieron actuar por esas circunstancias. Puede uno, pues imaginarse la tensión nerviosa de los artistas que tenían que substituirles a última hora en papeles importantes.

Pero no todo resultó tan desconsolador como parece. La compañía presentó el estreno de "El Cascanueces", leyenda conocida en los anales del baile, pero nueva forma de expresión con el la compañía logró impartirle un concepto novel del ballet neoyorquino. Fué un éxito rotundo, no sólo por haberse vendido regularmente todos los billetes de entrada, sino por haber demostrado que es posible dar funciones completas con actos de ballet y hacerlas interesantes, siempre que los números de baile sean ingeniosos y se ejecuten con habilidad.

El crédito de tal éxito le corresponde a George Balanchine, de quien cierto crítico ha dicho que es "el creador más notable de ballets que hoy existe". Sus obras coreográficas, entre las que



se cuenta "El Cascanueces", montan a unas 80 y son representadas por casi todas las compañías principales de ballet, de los Estados Unidos, la América Latina y Europa occidental.

Bajo la dirección de Balanchine, la compañía neoyorquina ha producido algo nuevo en el ballet. Pudiéramos llamarlo la síntesis de lo moderno y de lo clásico, y para lograrlo usa temas modernos en las formas clásicas del ballet, a las cuales le ha suprimido las vibraciones y movimientos más estilizados del arte tradicional. La música que le sirve de fondo a una obra refleja una moralidad artística de igual diversidad, pudiendo ser de Bach, Mozart o de un compositor modernista, como Hindemith o Copland.

Balanchine, al igual que todos los grandes ejecutantes e innovadores en las artes, es individualista y obstinado. Expone el "estilo balanchiniano", donde la acción rítmica se destaca sobre el fondo claro, en la siguiente forma:

"Cuando el artista entra en la madurez, elimina lo superfluo. Le agradan las cosas puras y claras". (Balanchine acaba de cumplir los 50 años).

Su concepto filosófico del baile lo resume así:

"El ballet tiene trascendencia y sentido, por supuesto. Pero es, todo, una diversión. A nadie le agrada sentarse a mirar a un grupo de bailarines brincando sin objetivo alguno, por bien que lo hiciesen. Los marranos brincan, pero a nadie le gustaría sentarse a mirar los marranos brincar".

La Compañía de Nueva York obtiene ventajas, en diversas formas, de la devoción verdadera desinteresada que Balanchine tiene por el ballet. Sus bailarines principales y alumnos le idolatran por su ingenio inspirador y su personalidad. Prefiere pasar con el ballet neoyorquino las mejores horas que sus ocupaciones ordinarias le dejan libre. Sin embargo, no cobra sueldo por ello. En cierta ocasión un productor importante de Hollywood manifestó refiriéndose a él: "No creo que tenga ni siquiera diez dólares a su nombre".

Balanchine le da poca importancia a la posesión del dinero y rechaza varias ofertas que se le hacen todos los años para componer los bailes de obras musicales en Broadway, la televisión o el cinema. Deriva la mayor parte de sus ingresos de las regalías que le envían las compañías de ballet por el uso de sus bailes, y de su propia Escuela de Ballet Norteamericano.

Tal parece que la única cosa para la cual le gustaría a Balanchine guardar dinero es para el ballet. Quizá es por eso que no quiere aceptar un sueldo, de modo que los fondos se pueda usar para sus obras. Balanchine refleja a menudo su nostalgia al recordar las espléndidas funciones del Teatro Marynsky en San Petersburgo, donde la Escuela Imperial de Ballet presentaba funciones de gran fastuosidad.

En el corto espacio de un lus-



ILLUSTRATION BY A. C. PAVAR

Copyright 1934 King Features Syndicate, Inc. World rights reserved.



HISTORIA DEL PODER EJECUCIVO

Por Rafael Obregón Loria

Segunda administración de don Ricardo Jiménez.



El 2 de mayo de 1924 el Congreso Constitucional de claró legalmente electo Presidente de la República al licenciado Ricardo Jiménez

Oreamuno, quien tomó posesión de su cargo el día 8 de mayo siguiente.

Designados a la Presidencia de la República durante la segunda administración de don Ricardo Jiménez.

Como Designados a la Presidencia de la República el Congreso nombró a los siguientes ciudadanos: licenciado Carlos María Jiménez Ortiz, Primer Designado; general Jorge Volio Jiménez, Segundo Designado; y don Felipe José Alvarado Echandi, Tercer Designado.

Secretarios de Estado en la segunda administración de don Ricardo Jiménez

Licenciado Juan Rafael Argüello de Vars: Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia, Beneficencia y Culto. A principios de febrero de 1927 se le concedió licencia para trasladarse a los Estados Unidos para someterse a tratamiento médico. Murió en aquel país el 2 de marzo siguiente.

Don Rafael Castro Quesada: Gobernación y Policía. Del 14 de febrero al 4 de marzo de 1927 tuvo a su cargo interinamente las Carteras de Relaciones Exteriores y anexas, por licencia concedida al titular señor Argüello.

Don Tomás Soler Güell: Hacienda y Comercio.

Profesor Napoleón Quesada Salazar: Educación Pública, hasta el 3 de setiembre de 1926 en que renunció.

Ingeniero Carlos Volio Tinoco: Fomento.

Don Pompilio Ruiz Arrieta: Seguridad Pública.

Profesor Luis Dobles Segreda: Educación Pública, desde el 3 de setiembre de 1926.

Don Ricardo Castro Beeche:

tro, Balanchine ha creado un grupo de ballet que figura entre los más refinados en el mundo. Es una compañía de perfecta estructura artística que ha evitado que la primera bailarina se convierta en el centro exclusivo de interés y atracción, a quien los demás artistas le sirven de simple biombo decorativo, como en el caso de la Pavlova, Markova o Fonteyn. Pero hay que reconocer que María Tallchief, primera bailarina de la compañía, es una artista de primer orden.

La rígida disciplina de Balanchine ha logrado crear un corte de mérito sin igual y el *esprit de corps* que ha cautivado la atención de todos los auditorios con rasgos de originalidad. A pesar de todo el tiempo que pasó especializándose en la Escuela Imperial de Ballet de la antigua Rusia, las concepciones y orientación de Balanchine reflejan lo mejor de la cultura norteamericana.

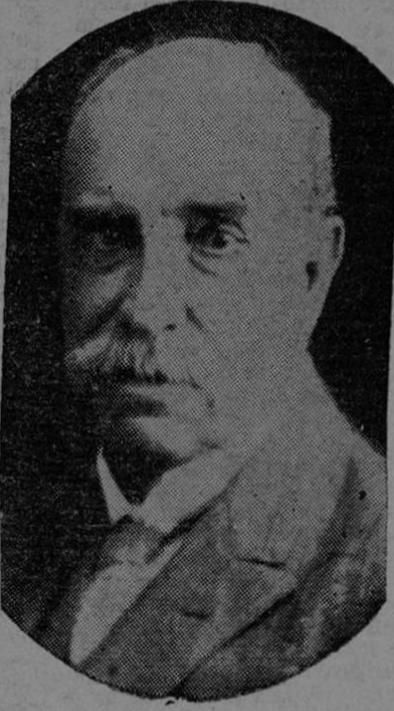
Relaciones Exteriores, Justicia, Gracia y Culto desde el 4 de marzo de 1927.

Doctor Solón Núñez Frutos: Salubridad Pública y Protección Social, desde el 18 de junio de 1927 (Esta Secretaría de Estado fué creada el 4 de junio de 1927).

Sub Secretario de Estado en la segunda administración Jiménez Oreamuno

Doctor Solón Núñez Frutos: Higiene (Subsecretaría adscrita a la Secretaría de Policía). El 18 de junio de 1927 se le nombró Secretario de Estado.

Licenciado RICARDO JIMENEZ OREAMUNO



(sus datos personales ya fueron consignados)

Presidente de la República para el período 1924-1928.

Licenciado CARLOS MARIA JIMENEZ ORTIZ



(sus datos personales ya fueron consignados)

Primer Designado a la Presidencia de la República durante el segundo gobierno del licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno.

General JORGE VOLIO JIMENEZ



Segundo Designado a la Presidencia de la República durante la segunda administración del licenciado Ricardo Jiménez.

PADRES: Carlos Volio Llorente y Matilde Jiménez Oreamuno. NACIO en Cartago el 26 de agosto de 1882.

En 1903 ingresó en la Universidad de Lovaina, Bélgica, donde obtuvo el grado de licenciado en filosofía en 1906. Allí fué discípulo del Cardenal Mercier, Defourny, Deploige, De Wulf, Nys, Thiery y otras eminencias, siguiendo muy de cerca el movimiento político social de Bélgica. Estudió después en el Instituto Católico de París y en el Seminario de San Sulpicio de la misma ciudad, regentado entonces por el que fué Cardenal Verdier, Arzobispo de París. Cursó también en la Universidad de Friburgo, en Suiza, habiendo sido discípulo del célebre historiador Pierre Mandonnet y del ilustre teólogo español Rev. Norberto del Prado.

Regresó a Costa Rica en el año 1910. En 1916 fué profesor de varias asignaturas en el Colegio San Luis Gonzaga de Cartago. En 1918 fué profesor de Filosofía, Historia, etc., en el Instituto Nacional de Tegucigalpa, Honduras. En 1927 estudió y viajó nuevamente por Bélgica e Italia. De 1940 a 1948 fué Director General de los Archivos Nacionales y dirigió y publicó la "Revista de los Archivos Nacionales". A este propósito debemos agregar que ya había laborado en el campo del periodismo, pues en 1902 había fundado el diario "La Justicia Social" y en 1911 el periódico "La Nave".

Al constituirse la Universidad de Costa Rica el licenciado Volio fué nombrado Decano de la Escuela de Filosofía y Letras, habiendo sido reelecto en dos ocasiones para el mismo cargo; en la citada Facultad dió lecciones de Filosofía e Historia de Costa Rica. Su labor allí fué verdaderamente notable.

En la política del país intervino desde muy joven. En 1912 formó parte de la expedición revolucionaria contra la ocupación norteamericana en Nicaragua y peleó en los combates de Santa Rosa de León y La Paz Centro, donde cayó gravemente herido. El pueblo y la tropa lo aclamó por General y fué condecorado con una significativa medalla de oro. En

diciembre de 1917 salió del país con el grupo que encabezaba su hermano el licenciado Alfredo Volio para promover la revolución contra el régimen de los hermanos Tinoco. Miembro de la Junta Revolucionaria fué uno de los firmantes del Manifiesto del Sapoá. Llevada a cabo la revolución participó como jefe militar en todas las acciones de armas de la campaña, y restableció el orden legal en Costa Rica, el Congreso Constitucional, en julio de 1920, le confirió el grado de general de división y acordó para él un uniforme y una espada de honor. En 1922 principió su campaña agraria y de renovación político social. Fué jefe y fundador del Partido Reformista; diputado al Congreso Constitucional en tres distintos períodos, y ahora lo es por cuarta vez; Segundo Designado a la Presidencia de la República y Candidato a la Presidencia de la República en 1924.

Notable orador, hombre de profunda erudición y de excepcional talento, valiente y patriota, sin disputa alguna el general Volio es una de las personalidades más brillantes de nuestro país en estos últimos cincuenta años.

VIVE en Alajuela.

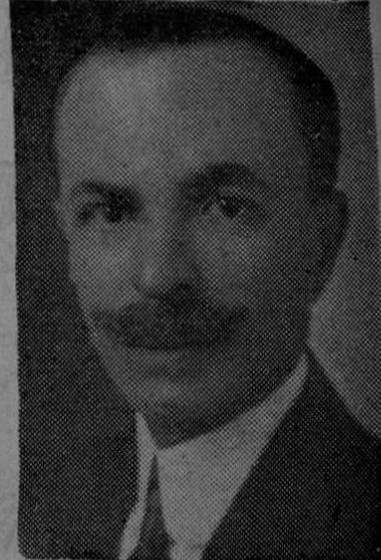
Don FELIPE JOSE ALVARADO ECHANDI



(sus datos personales ya fueron consignados)

Tercer Designado a la Presidencia de la República en la segunda administración del licenciado Ricardo Jiménez Oreamuno.

Licenciado JUAN RAFAEL ARGUELLO DE VARS



BO EN COSTA RICA (29)

Estado en las
aciones Exterio-
acia, Beneficen-
segundo gobier-
lo Jiménez, has-
de 1927 en que

Argüello Mo
Vars Castillo.

San José el 30 de

ereras nupcias con
y en segundas
ilde de Mendiola

os de derecho en
graduó de abo-
doso en nuestro
tiembre de 1903.
ociedad de Dere-
Juez Civil y de
ciudad de Alajue-
rio de Estado en
no del licenciado
Viquez.

le marzo de 1927,
New York.

**EL CASTRO
QUESADA**



de Estado en las
obernación y Po-
gunda administra-
Ricardo Jiménez.

enón Castro Ro-
Quesada.

San José el 27 de

de agosto de 1915
va Salazar.

de la Provincia de
Inspector General
Administrador del
Pacífico. En la
stración del licen-
zález Viquez tuvo
secretaría de Relac-
es y Carteras Ane-
nipotenciario de
te el gobierno de

Guatemala el 19 de



Don TOMAS SOLEY GUELL



(sus datos personales ya fue-
ron consignados)

Secretario de Estado en las
Carteras de Hacienda y Comercio
en la segunda administración del
licenciado Ricardo Jiménez.

**Profesor NAPOLEON
QUESADA SALAZAR**



Secretario de Estado en la Car-
tera de Educación Pública en la
segunda administración de don Ri-
cardo Jiménez, hasta el 3 de se-
tiembre de 1926 en que renunció.

PADRES: Joaquín Quesada
León y Juana Salazar Zeledón.

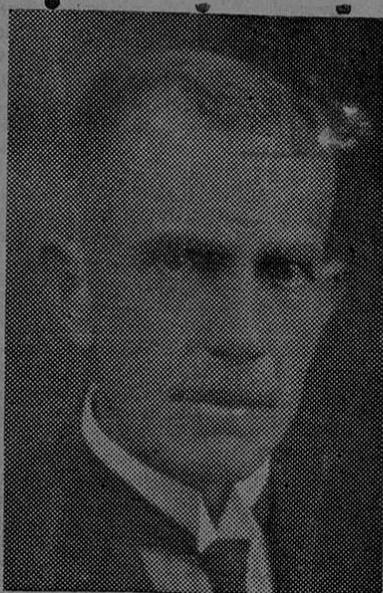
NACIO el 29 de marzo de 1873.

CASO en primeras nupcias el
19 de mayo de 1900 con Josefina
Vargas, y en segundas nupcias
el 17 de mayo de 1924 con Clau-
dia Heinze.

Inspector de Escuelas de San
José. Profesor y Director del Li-
ceo de Costa Rica. Uno de nues-
tro más connotados valores en el
campo de la filología. Autor de
una excelente Gramática Castella-
na y otras obras de carácter lite-
rario y pedagógico. Cultivó la
poesía con verdadero acierto.
Miembro correspondiente de la
Academia Española de la Lengua.

MURIO en San José el 22 de
noviembre de 1937.

**Ingeniero CARLOS VOLIO
TINOCO**



Secretario de Estado en la Car-
tera de Fomento en la segunda
administración de don Ricardo Ji-
ménez O.

PADRES: Julián Volio Llore-
nte y Cristina Tinoco Iglesias.

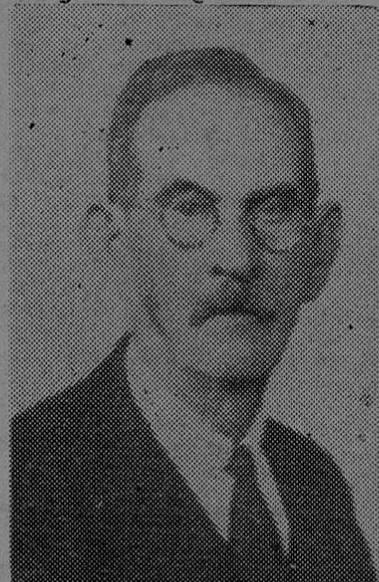
NACIO el 13 de noviembre de
1858.

CASO con Matilde Volio Jimé-
nez.

Gobernador de las Provincias
de Guanacaste, Alajuela y San Jo-
sé. Contador Mayor de la Repú-
blica. Sub. Srio. de Estado en la
2ª administración de don Rafael
Iglesias. Jefe de la Delegación de
nuestro país a la Exposición Cen-
troamericana de Guatemala en
1897. Agricultor y gran impulsor
de la industria en el país.

MURIO en San José el 23 de
julio de 1946.

**Don POMPILIO RUIZ
ARRIETA**



Secretario de Estado en la Car-
tera de Seguridad Pública en la
segunda administración de don Ri-
cardo Jiménez.

PADRES: Hilario Ruiz del Co-
rral y Atanasia Arrieta Alfaro.

NACIO en Alajuela el 8 de ma-
yo de 1864.

CASO en primeras nupcias con
Adelaida Fernández Bonilla y en
segundas nupcias con Claudia Val-
verde Briones.

En su juventud fué maestro
de escuela. En varias ocasiones
fué Comandante de Plaza de Ala-
juela. Alcalde en San Mateo. Ad-

ministrador de correos de la ciu-
dad de Alajuela. Gobernador de
la Provincia de Alajuela. No obs-
tante estos cargos públicos que
desempeñó con singular dedica-
ción y espíritu cívico, su princi-
pal ocupación fué siempre la agri-
cultura.

MURIO en Alajuela el 25 de
febrero de 1946.

**Profesor LUIS DOBLES SE-
GREDA**



Secretario de Estado en la Car-
tera de Educación Pública en el
segundo gobierno de don Ricardo
Jiménez, desde el 3 de setiembre
de 1926.

PADRES: Manuel Dobles y Ro-
sario Segreda.

NACIO en Heredia el 27 de e-
nero de 1891.

CASO con Trina Sánchez.

Maestro normal. Profesor en va-
rios colegios secundarios. Director
del Instituto de Alajuela y del Li-
ceo de Costa Rica. Orador distin-
guido y notable escritor. Diputa-
do al Congreso Constitucional. Au-
tor del "Índice Bibliográfico de
Costa Rica" y de numerosas o-
bras literarias. Desempeñó la Se-
cretaría de Educación Pública en
la segunda administración de don
Cleto González Viquez, y en los
gobiernos de don León Cortés y
don Otilio Ulate. Ministro de Cos-
ta Rica por largos años en Euro-
pa. Miembro de la asamblea con-
stituyente de 1949.

VIVE en San Francisco de He-
redia.

D. RICARDO CASTRO BEECHE



Secretario de Estado en las Car-
teras de Relaciones Exteriores,

Justicia, Gracia y Culto en la se-
gunda administración de don Ri-
cardo Jiménez, desde el 4 de mar-
zo de 1927.

PADRES: Roberto Castro So-
lera y Mercedes Beeche Argüe-
llo.

NACIO en San José el 11 de
abril de 1894.

CASO con Lupita Cañas Irae-
ta.

Hizo todos sus estudios de de-
recho, obteniendo el grado de Ba-
chiller en Leyes, y faltándole so-
lamente la presentación y discu-
sión de la tesis final para ser in-
corporado al Colegio de Abogados.
Muy joven fué nombrado Cónsul
General de Costa Rica en la ciu-
dad de N. York, cargo q' desem-
peñó hasta octubre de 1915 en que
renunció. El Presidente Jiménez
Oreamuno lo nombró Secretario
Particular de la Presidencia de la
República, y estuvo en ese pue-
sto hasta marzo de 1927 en que
fué nombrado Secretario de Es-
tado. Concurrió como Presidente
de la Delegación de Costa Rica a
la Sexta Conferencia Panamerica-
na verificada en la Sexta Confer-
encia Panamericana verificada
en la ciudad de La Habana. Ha
sido diputado, Vicepresidente y
Presidente del Congreso Consti-
tucional, sirviendo este último car-
go en 1935. Por varios años des-
empeñó con acierto el cargo de
Ministro de Costa Rica ante el
gobierno de los Estados Unidos.
También ha sido Ministro de nues-
tro país ante el gobierno de Mé-
xico. En 1937 fué Agente Finan-
ciero del gobierno de Costa Rica
en los Estados Unidos y en In-
glaterra, habiendo realizado el a-
rreglo de las deudas americanas e
inglesa que entró en vigencia en
1939. Posteriormente ha desempe-
ñado el puesto de Presidente de
la Junta Directiva del Instituto
Nacional de Seguros.

El señor Castro Beeche tiene
también una página brillante en
el periodismo nacional en el que
ha laborado por largos años, ha-
biendo sido director del "Diario
de Costa Rica". En la actualidad
es director del acreditado periódi-
co "La Nación". Puede decirse
con propiedad que el señor Cas-
tro Beeche es uno de los ciuda-
danos más distinguidos, más ente-
rados de todos los problemas im-
portantes del país, y quien siem-
pre ha prestado su patriótica co-
laboración cuando se ha solicita-
do su valioso consejo.

VIVE en San José.

Doctor SOLON NUÑEZ FRUTOS



(Sus datos personales ya fue-
ron consignados)

Secretario de Estado en las Car-
teras de Salubridad Pública y Pro-
tección Social en la segunda ad-
ministración de don Ricardo Ji-
ménez, desde el 18 de junio de
1927.

El Submarino Atómico

Por Miguel León Portilla

POR fin han comenzado las grandes aplicaciones técnicas de la energía atómica. Dos son las que se han ganado la atención del público en lo que va del año. Nos referimos al nuevo método de obtener electricidad directamente de algunos metales radioactivos y sobre todo, a la primera aplicación de la energía nuclear a la propulsión de un submarino. Por ahora, vamos a ocuparnos solamente del submarino atómico. Nuestro fin es mostrar, sin muchas complicaciones técnicas, la parte esencial de su funcionamiento. Pero, ¿no es éste un secreto de la Comisión Federal de energía atómica de los Estados Unidos? Lo es en sus detalles y adaptaciones concretas, pero no en sus principios fundamentales que son ya del dominio científico universal.

Comencemos por describir exteriormente el "Nautilus", primer submarino atómico. Como puede verse por las fotografías que de él se tomaron al ser botado, se trata de una gran embarcación de proa achatada y de unos 100 metros de largo. Al sumergirse, desplaza el "Nautilus". 3.000 toneladas y puede desarrollar una velocidad que se calcula entre los 20 y 35 nudos por hora, es decir, entre los 40 y 70 kilómetros aproximadamente. Y conviene notar que dicha velocidad se acerca al doble de la que podían lograr hasta ahora los mejores submarinos. Pero lo más interesante del "Nautilus" es lo ilimitado de su radio de acción. Con su mecanismo de propulsión atómica podrá permanecer indefinidamente debajo del agua. Podrá dar holgadamente varias veces la vuelta al mundo sin tener que salir a renovar su carga de "combustible". La explicación de esto se halla en su reactor nuclear. Esto es precisamente lo más importante del "Nautilus".

El reactor atómico o nuclear, que aún no ha sido totalmente instalado, pronto lo estará en un lugar correspondiente al que ocupan las calderas en un submarino ordinario. El reactor está herméticamente cubierto por gruesas planchas de plomo que impiden la propagación al exterior de las radiaciones atómicas. El reactor mismo puede describirse como una especie de cobre de zirconio, que es un metal difícilmente atacable por las radiaciones atómicas. En su interior, y perfectamente ajustada, hay una estructura de grafito con horadaciones a todo lo largo. En estas horadaciones hay unos a modo de recipientes de aluminio en los que se colocan diferentes porciones del metal radioactivo Uranio-235. Este viene a ser el que podríamos llamar "combustible" del reactor.

Por medio de un mecanismo adyacente, que bien puede consistir en una mezcla de berilio con emanaciones de radio, se obtienen los "proyectiles" necesarios para comenzar la desintegración del Uranio-235, y echar a andar así el reactor atómico que neutrones, o sea, pequeñísimas partículas sin carga eléctrica, provenientes del interior de núcleos atómicos. Y no se crea que hacen falta proyectiles o neutrones velocísimos.

Dada la inestabilidad natural del Uranio-235, cualquier neutrón mediano acelerado, será capaz de comenzar la desintegración.

Ahora bien, cualquier átomo de Uranio-235, al ser bombardeado por un neutrón, estallará en pedazos. Se transformará por ejemplo en Kriptón y Bario, dos elementos químicos totalmente distintos y emitirá también poderosas radiaciones 'beta' y 'gamma', junto con lo que es más importante: dos o tres nuevos neutrones. Estos neutrones recién emitidos bombardearán al momento otros átomos de Uranio-235, con su consiguiente 'fisión' o ruptura y con una nueva emisión de energía radiante y de más neutrones. Y así, mientras haya neutrones, habrá bombardeo de Uranio, y mientras haya Uranio, habrá producción constante de neutrones. La reacción de fisión nuclear con gran desprendimiento de calor se sostendrá en esta forma. Se habrá logrado una "reacción en cadena".

Sin embargo, para impedir que dicha reacción se precipite en cuestión de segundos y cause una explosión como la de la bomba atómica, es necesario un "moderador" capaz de controlar la reacción en serie. Con este fin existen en el reactor atómico algunas varillas de cadmio o de otro metal capaz de absorber muchos de los nuevos neutrones o proyectiles que continuamente se están produciendo. Y por su parte el grafito, que como hemos dicho, forma las horadaciones donde se coloca el Uranio-235, disminuye también la velocidad de los nuevos neutrones producidos. En esta forma logra controlar se a voluntad la desintegración en cadena del Uranio-235.

Pero es ya tiempo de notar aquí algo sumamente importante. Hemos hecho ver cómo con los primeros neutrones lanzados comienza la fisión del Uranio. Pero, es necesario añadir ahora que con el desprendimiento continuo de energía principia a elevarse la temperatura en el interior del reactor. Aumenta el número de átomos de Uranio-235 que se desintegran y aumentan las radiaciones. El aumento de energía térmica (calorífica), continúa a su vez. Es entonces cuando empieza a circular por el interior del reactor gran cantidad de agua destinada a refrigerarlo, ya que de otro modo, estallaría hecho pedazos debido a la gran cantidad de calor producido en su interior. Así queda establecida en el reactor una corriente continua de líquido refrigerante. El agua sale después por la parte superior del reactor a una temperatura muy elevada, causada por la producción ininterrumpida de energía.

Muy pronto sale el agua del reactor vaporizada y con una presión poderosísima. Este vapor de agua es dirigido entonces por una tubería especial, a prueba de radiaciones atómicas, hasta llegar a una turbina. Allí la presión potente del vapor hará girar las aspas de la rueda interior de la turbina a gran velocidad, que no obstante será siempre controlada. Se tendrá entonces la fuerza capaz de engendrar, por medio de un dinamo, toda la corriente eléctrica que se desee y sobre todo, se tendrá una fuerza capaz de po-

EL PINTOR MEXICANO EN NUEVA YORK

Por Germán Arciniegas

LOS pintores mexicanos han tenido siempre éxito en Nueva York. Orozco gozó de gran reputación. Sus frescos en la New School of Social Research siguen siendo objeto de la atención pública y nadie olvida su nombre. Diego Rivera produjo las polémicas y escándalos que son parte tan cultivada de su arte. Se le exaltó y repudió, pero siguen reproduciéndose finísimas estampas suyas por decenas de millares. Ahora el nombre que circula con mayor insistencia es el de Rufino Tamayo. La última de sus muestras, abierta hace apenas una semana en la calle 57, ha registrado más visitantes que para una de Picasso. Y todos cuantos llegan a la sala miran despacio, no dan señales de salir, quedan cautivados.

Rufino Tamayo tiene garabato, tiene magia, tiene genio. Salí de las más íntimas entrañas del puro México. Es grandote. La cabeza, ceniza. Podría hacer el hombre serio o importante. Pero no. Se le ve la marrullería en los ojos chisperos. Cuando coge la guitarra es capaz de cantar hasta la madrugada, y un poquito más. La gracia le domina. El alma lo manda. Y con estas cosas no hay nada que hacer. Así le ha ocurrido con la pintura.

Debo decir que la primera exposición que vi de Tamayo no me entusiasmó. Fué hace años en Washington. Entonces, prefería sus obras más viejas, como cierta tabla que tiene en su rincón chi-huahuaño de Nueva York Alberto Rembao. Ahí lo mexicano estaba aún fresco. Pero hubo una época en que se precipitó Tamayo por abstracciones que lo diferenciaban poco dentro del siempre sospechoso mundo surrealista. Sin embargo, como tenía ese algo imponente que nunca le ha abandonado, "hacia furor" en el mundo newyorquino. Hoy Tamayo me parece un pintor sin pero y sin embargo. Las abstracciones las ha ido reduciendo hasta ponerlas al servicio de temas concretos, sin ese miedo a la carne que le tomaron los surrealistas.

La fuerza avasalladora de la nueva pintura de Tamayo está, a mi modo de ver, en que él sabe moverse dentro de una frontera en que se tocan la ciencia y la magia. Se entretejen las aventuras de un colorista que anda por las entrañas del subconsciente y la gracia de un indio burlón, de un español torrevillaroesco y caprichoso. Los críticos han advertido en estas singularidades un poco de genio mexicano. Presento Tamayo, por ejemplo, un diálogo

volcánico entre dos políticos, uno de esos choques que ocurren en las polémicas de las Naciones Unidas, la imagen al rojo vivo del mundo en que vivimos. Las manos son garfios, las lenguas chuzo y ponzoña, los ojos desviados, y el todo un ambiente de candela en que la paleta de Tamayo descubre las tonalidades del fuego. No se pueden pintar esas figuras sin que haya pasado por el mundo del cubismo, y sin que lo haya vaporizado el surrealismo, para llegar a la magia creadora. En este punto ya se dan cita estos dos monstruos que parecen surgir de un aquelarre brotado de los altos hornos. La maravilla del color, es un poema ardiente. Pero, además y sobre todo, está la intención. Es una pintura de combate.

En los temas de Tamayo hay siempre, o casi siempre, una nota punzante, que yo me pregunto si no es ese aguijón de ironía que naturalmente se ha producido en el espíritu mexicano teniendo siempre como punto de referencia el complejo desarrollo de la grandeza yanqui. Hay tres lienzos en la muestra que son notables. El uno es un gato que se cae en la trampa; lo que se ve es un vuelo de uñas y ojos centellas. El otro, unas avispas que importunan a un cristiano. El tercero, la unión de la familia: entre los esposos distantes, el chiquillo con una risa que parece los bigotes de un gato. Hay en esos motivos, descompuestos hasta el absurdo por la imaginación de Tamayo, algo que hace cosquillas y araña y araña. La cosa puede ser violenta. Pero tiene la gracia que tenía olvidada el surrealismo, la risa que no conoció Picasso.

Podría no ser fácil reconocer el mexicanismo de Tamayo para los mexicanos. Es más fácil que lo vean los extranjeros. Ante un cuadro de Tamayo, se encuentra el espectador frente a unas figuras descompuestas en planos y arandelas, que de inmediato relacionan su arte con el universal de vanguardia. Hasta hay un refinamiento en el juego de infinitas tonalidades que supera a todo lo que hacen los europeos. Cada tela gira alrededor de un color diferente. Con un instinto que sólo podría apoyarse en el dato de ser Tamayo mexicano, dicen aquí que eso es mexicano.

Y lo curioso es que lo es. Y hasta folklóricamente mexicano, con reminiscencias que van desde los juguetes de colores y los tejidos indígenas, hasta los faroles de hojalata. Es la proyección en las más altas zonas de la pintura de ese nido de colores y pasiones y laberintos puesto en la rama del árbol azteca.

ner rápidamente en movimiento las hélices del submarino.

En esta forma, partiendo del primer neutrón o proyectil atómico que bombardea al Uranio-235 y comienza la reacción en serie, se logra obtener fuerza más que suficiente para mover a 35 nudos por hora a un submarino de 3.000 toneladas en el que viaja una tripulación de 95 hombres.

Y respecto de la cantidad de Uranio-235 necesario para mover al "Nautilus", bastará con decir que la desintegración de un kilogramo de Uranio-235 en el reactor atómico producirá tanta energía calorífica como la combus-

tión de 3.000 toneladas de carbón. Por aquí se verá que no hay exageración alguna al afirmar que con una carga relativamente pequeña de Uranio-235, podrá el submarino atómico surcar varias veces todos los mares del globo. Al ver esto, vale la pena ir pensando en el costo mucho más bajo de las comunicaciones marítimas y quizás también aéreas y terrestres en un futuro cercano.

Y, ojalá, que como dijo el almirante Carney, jefe de la escuadra americana, "la instalación motriz del "Nautilus" simbolice el deseo de aprovechar la ciencia para el bien en esta era de cambios fantásticos".

A. C. A. DEBUSSY

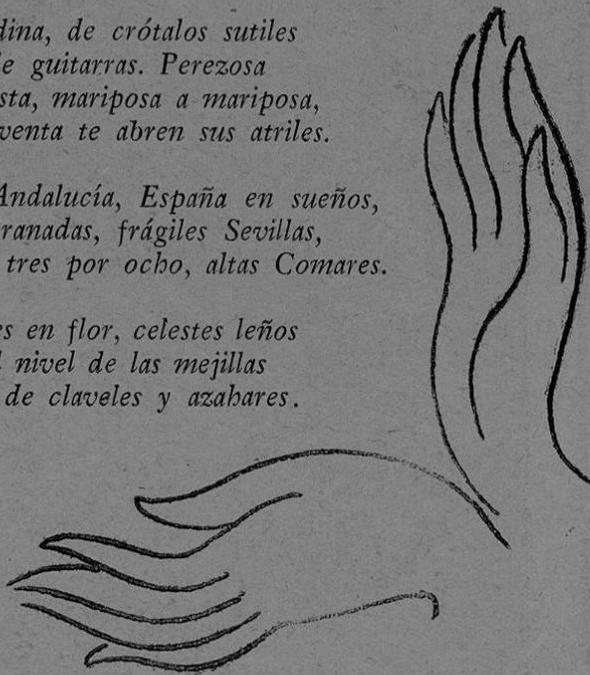
Por GERARDO DIEGO

Sonidos y perfumes, Claudio Aquiles,
giran al aire de la noche hermosa.
Tú sabes dónde yerra un son de rosa,
una fragancia rara de añafiles.

Con sordina, de crócalos sutiles
y luna de guitarras. Perezosa
tu orquesta, mariposa a mariposa,
hasta noventa te abren sus atriles.

Iberia, Andalucía, España en sueños,
lentas Granadas, frágiles Sevillas,
Giraldas tres por ocho, altas Comares.

Y metales en flor, celestes leños
elevan al nivel de las mejillas
lágrimas de claveles y azahares.



CONVIVENCIA ESPAÑOLA

Por Miguel de Unamuno

OTRA vez días de reflujo. Cansado de pensar. Sobre todo quien, como el comentarista, piensa, en hombre, con palabras; piensa palabras, y más siendo de oficio desentrañador del lenguaje. Duro oficio donde la pereza mental colectiva, nutrida de lugares comunes, confunde todas las palabras de tal modo que apenas si quedan entendederas enteras y sanas.

¡Palabras, palabras, palabras! decía el personaje shakespeariano. Y el dickensiano, aquel inmortal maestro de escuela de los "Tiempos difíciles" del más inmortal Dickens, decía: "¡Hechos, hechos, hechos!" ¿Pero es que hay oposición entre la palabra y el hecho? Toda palabra, si es viva, es un hecho, un hecho vivo, y todo hecho vivo es palabra. Se equivocaba Fausto al corregir la palabra del prólogo del Cuarto Evangelio. Sólo hay lo muerto y lo vivo, sea hecho o palabra. Y el hecho muerto es el hecho consumado, es decir, consumido, es lo acabado. Si se quiere, lo perfecto. "Estamos ante un hecho"—me han dicho algunos buenos catalanes amigos míos, que son todos mis buenos amigos catalanes. Y yo, renunciando a exponerles filológicamente la diferencia entre un hecho, algo que se hizo, y un suceso, algo que sucedió o pasó, me he dicho y les he dicho que un hecho es algo, si es vivo, que se está haciendo y deshaciendo. Se empieza a morir el día en que se hace. Y así al hecho opone el hombre el que—hacer, y el que—ha-

cer suele consistir en deshacer el hecho. Que es rehacerlo. Todo me nos la posición fatalista, materialista—en el sentido de Marx—de que el hombre se deje llevar de las cosas, de que la personalidad se soyugue a la llamada realidad. Hay una necesidad más honda, una necesidad espiritual, aquella de que hablaba el Apóstol Pablo cuando decía que él evangelizaba movido por necesidad. Y así el comentarista. Tiene que decir, por necesidad espiritual, lo que dice y por duro que el decirlo le resulte.

Marx, el materialista de la historia, enseñaba que el estómago dirige al hombre. Pero Maquiavelo, que de psicología, y por lo tanto de historia, sabía más y mejor que Marx, enseñaba que el hombre entrega la vida por la bolsa y la bolsa por la vanidad. Y a la vanidad suele llamarse personalidad. El mercader que nos parece más materializado se deja arruinar por mantener su personalidad, y pierde el crédito por sostener su credo. No, no; no es todo negocio. El espíritu puro, desinteresado tiene sus aduanas. Y hay un comercio de ideas y de sentimientos, que es más hondo que el comercio de artículos manufacturados. Hasta en nuestras luchas intestinas tratémonos como personas.

¿Nación? ¿Estado? ¿Es cuestión de palabras! Así me decía mi buen amigo el Sr. Companys. ¿Cuestión de palabras, por si le llamó tal o cual, por si habla así o así, llegan a matarse los hermanos! ¿Leyes? ¿Códigos? ¿Códigos o codicilos? Importan muy poco. Lo que importa es el espíritu, es la palabra íntima con que se aplican. ¿Cordialidad? Racionalidad, ya lo dije. Por algo en catalán a hablar le llaman razo-

Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



Por: Carlos Fernández Mora



EL doctor don Julio César Ovares, es uno de los médicos y ciudadanos que honran a la república. Ha hecho de la profesión de médico un culto. Es persona muy querida y respetada, tanto por sus colegas como por sus amigos en general.

Corría el año de 1912 y el doctor Ovares emprendía viaje a Italia a estudiar la medicina. Se graduó en la prestigiosa y célebre Universidad de Bolognia. Por esa época, el señor Ovares contaba apenas con 17 años de edad.

Una vez que logró matricularse y empezó a recibir oficialmente sus clases, notaba don Julio que cuando le pedían su nombre el Profesor y sus compañeros de clase lo miraban con profunda extrañeza y hasta se les asomaba una sonrisa maliciosa en sus labios. Tal fue la preocupación y nerviosismo del doctor Ovares, que un buen día se quitó el "OVSAR" quedándose solamente en Julio Ovares.

Cuentan sus íntimos amigos que al tomar esa determinación el ilustre galeno, viendo un hermoso retrato del Emperador Julio César, dijo para sí mismo:

—“ENCUENTRO MUY GRANDE LA MONTURA PARA EL CABALLO”...

nar, “enrahonar”. ¡Y ojalá razonaran siempre!

Lo que importa es la palabra íntima, la palabra de comprensión. Y comprenderse, entenderse o tomarse mutua y conjuntamente, es convivir. No hay más unidad viva que la de la convivencia. Y lo que le queda a este comentarista por decir respecto a la convivencia. ¡Qué cartas que rezuman amargura y hasta congoja está recibiendo de los que no pueden ya convivir con sus vecinos, de los que se sienten sentidos—y resentidos—como bárbaros en el significado primitivo de este vocablo tan sobado y asendereado! Bárbaros es decir, extraños, forasteros, metecos.

¡La convivencia! Aquí está todo. Y la convivencia no es cosa de convención; convivir no es sólo convenir. Ni es cosa de pacto. No

se pacta la convivencia. Y más cuando, querámonos o no nos queramos, tenemos que convivir. Los pedantes hablan de simbiosis.

Y ahora, lanzado en este camino de palabras, llevado por ellas, como le llevaban a mi San Pablo, el gran conceptista y gran palabrero—así le llamó un pretor romano—recuerdo lo que le dije a uno que me decía que quería a España con locura y es que le respondí que no es que yo quiero a España, sino que quiero España. Y no es lo mismo.

Mas dejemos, lector, estas palabrerías para continuarlas otra vez. ¡Si supieran lo que cansa al pensamiento, y a la vez lo que enfebrecer al corazón este febril y apasionado desentrañador del lenguaje en busca de la palabra íntima sobre que se asiente la convivencia española!

UN GRAN SUSTO DE DON BRAULIO

Por GONZALO CHACON TREJOS



El 2 de setiembre de 1838 se celebró en Cartago la boda de don Ventura Espinach y la niña Mercedes Bonilla. Boda sonadísima de la que se habló durante mucho tiempo, pues los novios pertenecían a la supercrema de la orgullosa ciudad, encareciendo la magnificencia de los dueños de la casa don Juan José Bonilla y su esposa doña Teodora Ulloa, la riqueza de los trajes, lo excelente de las místicas de repostería, la abundancia de bebidas y la endiablada animación de los bailes. Ese día, la rica casa del riquísimo don Juan José Bonilla, recién encalada, resplandecía de blancura sobre los rojos ladrillos de aposentos y corredores; profusión de flores, cohombres y piñuelas embalsamaban al aire; festones y guirnaldas de uruca y manitas de guarumo adornaban profusamente los marcos de todas las puertas y ventanas. Entre los concurrentes estaba nada menos que el austero Jefe Supremo del Estado, licenciado don Braulio Carrillo, que asistía por reiterada invitación y súplica de los señores de la casa, quienes tenían muchas razones para granjearse al temido y enérgico gobernante al que en el fondo de su corazón detestaban, con razones para ello, pues años antes, por el chisme de un comandante de Guanacaste, que por unas escopetas de cacería que tenía don Juan José en su inmensa hacienda de La Palma, denunció al Jefe Supremo un depósito de armas de guerra, y como don Juan José había tomado parte activa en la guerra de la Liga contra Carrillo, éste ordenó que saliera inmediatamente desterrado para Nicaragua, pena de la vida si osaba volver. Empezó el viaje en compañía de su esposa y de su única hija Mercedes, con quienes se encontraba en La Palma, con tan mala suerte que, a poco andar, por estar distraído dándole al pedernal para encender un cigarro, le golpeó en la frente una rama baja de árbol que lo derribó de la mula, fracturándose una cadera en la caída. Intentó quedarse en la casa de la hacienda, mas no se lo permitió el oficial enviado con la orden de destierro; por lo cual, con tan gravísima fractura, por malos caminos, sin médico ni más ayuda que la de dos acongojadas mujeres —su esposa y su hija— y unos mozos y peones fieles pero ignorantes, en una camilla, con mil penalidades continuó el viaje hasta Rivas, donde encontró cordial acogida, generoso asilo, y poco después la disposición de don Braulio en que le permitía regresar a Costa Rica al mismo tiempo que le daba amplias explicaciones y excusas, pues estaba ya bien enterado de la estúpida denuncia del militar que, ignaro o pícaro, quería congraciarse con su superior. Larga fue la curación de la fractura, a con secuencia de la cual quedó don Juan José baldado de una pierna y cojo por el resto de su vida, lo que no fue obstáculo para que, ya de vuelta a Costa Rica, hiciera las paces con don Braulio, el cual, con motivo de la reiterada invitación, tenía su intención y definido propósito para asistir a tan sonada boda, pues Cartago era el foco de sus más encarnizados enemigos a quienes deseaba demostrar que no les tenía miedo, por un lado; y por el otro, con el secreto designio, si no de atraérselos, por lo menos de suavizar con su presencia el exacerbado encono de sus adversarios cartagineses, quienes no le perdonaban el haber favorecido el traslado de la capital a San José y haberlos vencido en la guerra de la Liga, en las acciones de la casa de Millet, en San José, y en las de Montes de Oca, Curridabat y Ochomogo, y sobre todo que sus tropas josefinas entraran victoriosas en Cartago a las 11 de la noche del 14 de octubre de 1835. Firme en el poder después del cuartelazo del 27 de mayo de 1838 que derrocó a don Manuel Aguilar, atento a mantener la paz que tanto deseaba para la ejecución de sus vastos planes de progreso, aceptó don Braulio la invitación que le hicieron y fué a Cartago, su ciudad natal, a la que no había visitado hacia ya algún tiempo. La fiesta resultó animadísima y espléndida; se bailó alegremente interminables fandangos, sueltos y agarrados; los numerosos sirvientes ofrecían incansablemente a los convidados cuanto bueno atesoraba la deliciosa repostería de la época; en bateas adornadas pasaban constantemente la imprescindible y deliciosa torta de novios, rica de olores y achiote; hojaldres, melindres de yuca, alporas de arroz, embarrados de leche, yemitas, cocadas, rosquetes, enlustrados, corazones atravesados y flores de alfeñique de afiligranado primor; tazones de cabellos de ángel; bollos de leche, empanadas dulces y saladas, de carne, de queso, de chiverre, de mora; maravillosos alfajores de piña con jengibre; jarros de china y primorosas jicaras con refrescos, tistes y pinoles, tibios y chocolates, rompopes cargados que excitaban la alegría, y mixtelas deliciosamente socadoras; y muchas cosas más para regalo del paladar, gusto del cuerpo y contentamiento del alma, mientras afuera, en la calle llena de curiosos, de cuando en cuando estallaba alegremente una bombeta o ascendía en estampía de fuego un cohete bullicioso, máxima demostración de regocijo, fausto y rumbo en aquellos tiempos patriarcales y felices.

Estaba el jolgorio en lo más encandilado de un baile zapateado, cuando de pronto, como a las tres de la tarde, no supieron si en la calle o en los patios, estalló un tiroteo infernal que iba en crescendo a modo de asalto de trinchera entre gritos, juramentos, jesuses y más fuerte es mi Dios, carreras, alarma, espanto y gritos de mujeres que caían desmadejadas en medio de la trifulca general. Don Braulio Carrillo, que no las tenía todas consigo, cambió de color, y demudado pero firme salió al corredor en el momento en que don Juan José, con gran dificultad a causa de su cojera, muy alterado y temeroso, tomó del brazo a don Braulio y lo llevó a un cuarto inmediato donde se encerraron a tranca y cerrojo para mayor seguridad mientras se averiguaba qué pasaba. Carrillo se sintió cogido en artera trampa dispuesta por sus irreconciliables enemigos de Cartago; se llevó un susto fenomenal que tan sólo duró

ASI VISTEN ELLAS



CECILIA VARGAS QUIROS

Mármol y sueño... Estatua de la rosa... Emerge su radiosa arquitectura, jazmín de la gracia, aurora del encanto... Y canta el caracol de la alegría frente al inmenso mar de su belleza... Por eso ahora en el instante pleno, sólo queda la afirmación de su presencia: poesía y maravilla, Cecilia, en fin...

unos momentos pues enseguida se averiguó que las detonaciones provenían del depósito de bombas, triquitraques y cohetes que estaba hacinado en uno de los corredores interiores de la gran casona, y que había prendido fuego, no se supo si casual o intencionalmente. Aclarado el origen del estruendo salieron don Braulio y don Juan José de su escondite, del brazo, muy sonrientes y comentando el accidente asustador que dió motivo a un recrudecimiento de alegría en todos los presentes y fue causa de grandes risas y contentamiento general. Y don Braulio, comentando el explosivo accidente que tanto lo alarmara, muy confidencialmente le dijo a doña Teodora Ulloa que lo que más lo había asustado fue sentirse asustado él mismo...



IVAN BUNIN, TESTIGO DEL ESPLENDOR

Por RAMON SENDER



ON Bunin ha desaparecido el último de los escritores rusos de la gran familia que dió sus mejores obras en la segunda mitad del siglo pasado. Las tres figuras de relieve que, habiendo nacido en el siglo XIX, vivieron lo más y mejor de su vida en el XX, fueron Gorki, muerto en 1936, Merejkowski, en 1941, y Bunin. El primero murió en Rusia asesinado por la policía soviética. Los otros dos, en el exilio. La muerte reciente de Iván Bunin es el pretexto de estas notas.

Cualquier libro que tenga relación con la vida o la obra de los grandes autores rusos de las últimas dos generaciones posee, por ese simple hecho, atractivos alucinantes. Es como si la sombra de esos gigantes les prestara algo de su grandeza. Bunin siendo casi un niño, conoció a Dostoiewski. Trató también a Tolstoi y a Turguenev, los dos mucho más viejos que él. Fué amigo íntimo de Chekiov. Y de todas esas figuras apasionantes y de otras muchas habla en el último de sus libros publicado en los Estados Unidos: "Memorias y Retratos", en el que también aparecen tipos que le fueron familiares como Chaliapin, Rachamaninov, Leónidas Andreiev, Chiricov, Kuprin y otros más populares dentro de Rusia que fuera.

Esa es la última generación de titanes en las letras humanas. Merejkowski se fué sin ruido en tre la confusión de la segunda guerra mundial. Quedan hablando por él algunos libros que los hombres no olvidarán nunca. No velas como "Juliano el Apóstata", biografías como "Leonardo de Vinci", ensayos críticos como "Dostoiewski y Tolstoi". En cualquiera de esos libros está presente la huella del león. Esa guerra que todos los rusos de la gran familia tenían y que tanto impresionó a los escritores, los moralistas y los psicólogos de nuestro tiempo.

De un modo general, se puede decir que Rusia da el aliento de los últimos cien años —en las letras— y Francia, la manera. Con toda la fuerza de invención y de análisis, con todo el poder de Balzac y de Stendhal, les falta a los franceses algo que en los rusos abunda. Les falta el don del olvido de sí mismos. La despreocupación del estilo de esos hombres de la estepa o de la ciudad eslava en quienes el estilo está en los huesos, y no en la voz ni en el color del traje. En el tronco, y no en la fronda ni en las flores pasajeras de abril. Turguenev es el único que se preocupó del estilo, y esa era una de las razones por las que lo desdeñaba Tolstoi.

Aun Stendhal, que no es un estilista ni trató nunca de parecerlo, se ve que tiene del estilo una idea "social". Esa idea se manifiesta a través de la preocupación constante del yo y de los valores de la propia persona en las perspectivas del mundo. Los Franceses, aun los de genio, se miden con las personas. Con los otros hombres. Los rusos se miden con Dios (Tolstoi) o con Satanás (Dostoiewski) o con los duendes de la ternura hogareña (Chekiov). La sociedad no suele ser para ellos más que el páramo

por el que hay que pasar para ir de un sitio a otro. A veces el páramo es bosque o es río helado. Pero nunca es lugar para quedarse ni echar raíces. Las raíces de los grandes rusos están en el misterio del ser permanente y sin circunstancias. Por eso tal vez casi ningún ruso toma la sociedad en serio. Hablan del hombre religiosamente. De la sociedad, satírica o humorísticamente.

Iván Bunin, como Merejkowski, hizo poco ruido desde que salió de Rusia dos años después de la toma del poder por los bolcheviques. La mayor parte de su vida transcurrió en Francia. Algunos de sus libros fueron recibidos con entusiasmo, sobre todo "El Caballero de San Francisco". También cuando le dieron el Premio Nobel —en 1933— su nombre apareció en las grandes titulares de la prensa, pero volvió a sumarse en una discreta media sombra. Se sentía en ella más a gusto Bunin que en la confusión de la gran publicidad. Parecía haber hecho suyo el consejo de Gracián: "No ser sol, que se pone". Es decir, no querer subir demasiado, porque el dolor de la renunciación y del acabarse será un día mayor.

En todo caso, Bunin era uno de los pocos ejemplos de discreción de desinterés y de modestia que se dan entre los artistas. Si pensamos que su vida coincidió con los tiempos clamorosos de D'Annunzio en Italia y de los discípulos de Nietzsche en Francia y España, la vida de Bunin fué un prodigio de mesura y de discreción.

Representaba Bunin la superación de toda su parentela gloriosa en la dirección de la serenidad y de la exactitud clásicas. Todos los rusos estaban más o menos tocados de romanticismo, menos el



Tolstoi de "La Guerra y de la Paz". En Bunin las aguas vuelven al cauce calmo y profundo de los ríos del invierno. Fríos arriba y templados debajo, inmóviles en la superficie y ocultamente agitados. Así se mostró Bunin en su primera novela "La Aldea", publicada en ruso en 1910, en "El Caballero de San Francisco" (1916) y en sus libros de crónicas, de ensayos y de memorias.

El único libro de Bunin que yo he leído en español es el primero: "La Aldea". La traducción era excelente. Otros los he leído en francés o en inglés. Las virtudes de sus últimas obras, cuando cerca de los ochenta años afina y depura sus experiencias, están ya presentes en "La Aldea", lo que no es precisamente un elogio si atendemos a la opinión de Chekiov, quien creía que el escritor que no tiene que arrepentirse de alguno de sus libros, y sobre todo de los primeros, es un falso talento, porque la inteligencia y la sensibilidad, como todo, están sujetas a transformaciones, influencias, crecimiento y decadencia. "Desconfíe usted —decía Chekiov a Bunin— de esos escritores que han comenzado temprano su carrera con una obra maestra".

De Dostoiewski recuerda solo Bunin una sombra venerable marchándose ya de la vida. De Turguenev, sus peleas con Tolstoi con quien estuvo varias veces a punto de llegar a las manos. Parece que Tolstoi podía ser violento e impertinente, a pesar de la doctrina de la no resistencia al mal. Recuerda Bunin una ocasión en la cual Tolstoi fría y serenamente trataba de exasperar a Turguenev con las expresiones del más refinado desprecio. Y, sin embargo, Turguenev sólo habló de Tolstoi con rendimiento y admiración. Tal vez Tolstoi, como los niños con las personas que los quieren, provocaba a Turguenev para ver hasta dónde llegaba su paciencia, es decir, su adoración.

La literatura es para Bunin más que para ningún otro autor de nuestro tiempo "lo que no puede ser dicho". He aquí algunas líneas de Bunin que se refieren a su primera visita a Tolstoi: "Era una noche muy fría, de luna. Todo estaba quieto y en silencio. La calle desierta, los portales de las casas cerrados, la enorme verja abierta y el jardín cubierto de nieve. Al fondo, una casa grande con aire palaciego. Casi todas las ventanas tenían

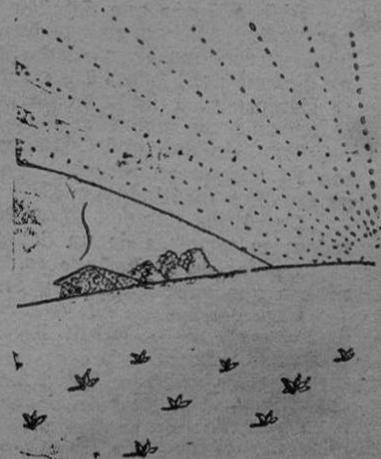
luz, a pesar de lo avanzado de la hora. Detrás de la casa, otro jardín y encima las estrellas. En aquella casa estaba Tolstoi. Allí estaba él. Yo pensaba si no sería mejor renunciar a verlo echar un vistazo más a la casa y marcharme... Por fin, de un modo casi desesperado, me acerqué a la puerta y llamé. Abrió un lacayo alto vestido de frac. Le dije mi nombre y fui conducido a un inmenso salón vacío, en el primer piso." Vió Bunin que al lado había otro salón grande iluminado y lleno de gente.

Apareció Tolstoi. La descripción que hace Bunin es breve y exacta. Tolstoi era alto, gris y con nieve en la cabeza. En lo hondo de las cuencas de los ojos había dos estrechitas lejanas. Su estilo personal tampoco estaba en el color de la piel ni en el traje ni en el acento de la voz, sino en sus huesos nobles y largos.

Todo era grande a su alrededor: el cuarto, la noche, el país, el mundo. Tolstoi mismo era un hombre muy grande en unas botas y unas polainas de cosaco, gran barba y ojos pequeños, pero asombrados sobre inmensos espacios viejos.

De las cosas que le dijo Tolstoi recuerda Bunin algunas cuya certeza pudo comprobar muchas veces. Le dijo: "No espere demasiado de la vida. Nunca será más feliz de lo que es ahora. No hay felicidad. Hay pequeñas ráfagas de bienestar y hay que aprender a gozar de ellas. Parece la opinión de un epicúreo. Y lo era de veras. El estoico, en cambio, era Dostoiewski, y el cínico (doblado de amor a las criaturas de las cuales se burlaba), Chekiov.

Bunin, como hemos dicho, fué el último testigo del gran siglo XIX ruso. Los novelistas eslavos tomaron naturalmente y sin esfuerzo el primer lugar entre las letras del mundo. Después de la muerte de Bunin —el último testigo— ya no quedan sino testimonios escritos. Entre ellos los del mismo Bunin a quien decía Gorki: "Oh, usted viene del linaje de la alta cultura rusa. Yo tengo que asimilarme esa cultura artificialmente, por decirlo así, pero en usted es cosa natural y heredada". Por cierto también rectifica Bunin el supuesto carácter autodidacta de la cultura de Gorki, y en uno de los ensayos de "Memorias y Retratos" nos convence de que Gorki era un hijo de la dorada burguesía que nunca anduvo por los caminos de Rusia ni trató de vivir como un vagabundo ni conoció un solo menigo en su vida.



Los Leopardos del Silencio

Obra estudiada: *En el silencio*, líricas de Roberto Brenes Mesén. — 1907.

Mi paciente señor Director:

El viacrucis lírico de Roberto Brenes Mesén sigue una senda de rápido y firme progreso. Ascende hacia la perfección con una seguridad notable. Las estaciones de este viacrucis están señaladas por volúmenes de intensa poesía. Cada uno mejor que el anterior. Llenos todos de aquel entusiasmo sobrenatural que el Poeta ponía en todas sus variadas actividades.

Desde la primera estación —*En el silencio*— hasta la última, se notan en la curva de ascenso artístico varias etapas características. El estudio de ellas facilita el conocimiento perfecto de la obra de Brenes Mesén.

Al principio, una época de positivismo exagerado. Con él, como inevitable consecuencia, un escepticismo pesimista. El Poeta se siente arrastrado hacia un pesimismo que no está en consonancia con la intimidad de su espíritu.

Luego, ese materialismo se esfuma. El pesimista cede su lugar a un optimista que, en realidad, resulta inesperado para quienes, al leer, no profundizan y se atienen a las apariencias.

Después, se insinúa, receloso, un misticismo que contagia el cual, más tarde, libre de todo temor, se satura de un puro y franco aliento místico.

La obra en su totalidad, nos muestra el triunfo del espíritu sobre la materia. Cada una de las etapas se evidencia por un dominio de la metáfora, dominio sin precedente alguno en la literatura nacional. Hay una constante preocupación por los matices, por los perfumes, por los sonidos. Siempre ha habido en la obra de Brenes Mesén, un interés sin límites por la perfección en la forma y por la profundidad en el fondo.

A la primera etapa —la del escepticismo iconoclasta, la del simbolismo sin precedentes en nuestra historia literaria— pertenece la serie de líricas que Brenes Mesén publicó en 1907 con un título revelador: *En el silencio*.

Si hubiera que señalar lo realmente artístico en este volumen tendríamos que citar todos los poemas que allí aparecen. Iré deteniéndome en aquellos que, a mi juicio, son reveladores de una poesía sugestiva, independiente y, como ya dije, iconoclasta en su escepticismo positivista.

Profecía de Lázaro es un poema bordado en endecasílabos perfectos. Hay, en él, sugestivas imágenes: las palabras como enjambre de nómadas luciérnagas de fuego... el pensamiento, hambriento buitres... los ojos como dos rosas de color violeta... Si la poesía en su forma es delicada, si no presenta descuido alguno, en el fondo es también de intensa meditación. Lázaro despierta al llamado cariñoso de Jesús. Después de un rápido y fresco ensueño sepulcral, vuelve de las regiones tenebrosas en las que se había hundido. Su primera queja: ¡No debiste despertarme!, nos dice cuán amargo fue para él el acibar de la propia vida. Reclama, en seguida, la promesa no cumplida de un más allá celeste. Del viaje por las comarcas de la Muerte, no trae más que la impresión de haber dormido, solamente dormido. No fue el hondo sueño de la Nada. No fue el olvido absoluto de la existencia.

Las falaces esperanzas se desvanecieron apenas hubo cruzado el umbral invisible que separa la Vida de la Muerte. Se sintió engañado por las dulces promesas del suave Nazareno. Preciso era que Cristo, al predicar la Caridad y la Justicia eternas, prodigara a los mortales la enseñanza sublime de la Verdad.

Pide a Jesús que detenga sus miradas de ensueño en los siglos por venir. Allí surgirá poderoso el Astro del Análisis. La Ciencia hará su reclamo sin piedad contra Quien engañó al Mundo. Termina diciendo: ¡Si fuiste Dios, fuiste pequeño; si nacido de mujer, fuiste siempre y, a lo largo de las edades sin límites, seguirás siendo el ensueño de redención más bello y profundo!

También son endecasílabos admirables los que forman el poema *El bosque en marcha*. Es de un simbolismo poderoso. Piénsese que fue meditado en abril de 1898.

La lírica titulada *Las dos manos* es una perfecta silva con todas las ternuras de un delicado madrigal.

La voz de la Esfinge es también un poema escrito en endecasílabos que subyugan. Hay en él profundo pensamiento.

Una hermosura en la forma y en el fondo es la lírica titulada *Lamento de Leopardi*. El Cisne de Recanati descansa al fin. En la jornada, larga y breve, de la existencia fueron sus compañeros inseparables el dolor y la tristeza, el estudio y la soledad y el desamparo. No supo de ensueños. La Patria fue, para él, un bárbaro absurdo. En el fondo de las almas no encontró sino el amargo escepticismo. No creyó en el Amor. Sin embargo, amó tanto y tan intensamente; entregado a una pasión ideal. Le fue imposi-

ble encontrar una mujer que comprendiera sus nobles sentimientos. Una mujer que adivinara la primavera escondida en aquel callado corazón. En su espíritu había siempre una sed profunda de amarguras. El recuerdo de Aspasia vuelve a martirizarlo. Nadie supo adorarla y comprenderla como lo hizo el dolorido poeta Recanati. Espera que en la mente de la hermosa griega surja el recuerdo suyo que ha de alzarse para llorar por ella. ¡Llorar! Siempre llorar! Se siente morir. Ya no lucha. Hasta entonces no ha encontrado nada que lo halague, nada lleno de ternura para él. Su pesimismo es sincero. Vio solamente las espaldas oscuras de la Vida. Delicada y dolorosa es la súplica que eleva a los humanos. Les dice: ¡Hermanos, dadme, para cavar mi tumba, un rincón de tierra, silencioso, dentro de los bosques apartados, donde nadie conozca mi nombre humilde!

Tiene miedo; el santo miedo de volver a vivir. Tanto ha vivido. Tanto ha sufrido. Desea que su nombre se disuelva en las propias cenizas. No ama a nadie. Nada recuerda. Sin embargo, tanto amo. Y por el amor tanto sufrió, hasta ansiar la muerte. Por algo, en cierto momento, exclamó: ¡Dos cosas bellas tiene el Mundo: Amor y Muerte!

Los graves alejandrinos pareados del poema *Abejas y rosas* manifiestan en seguida una serena melodía. En un breve diálogo entre la Reina Belkis y el Sabio Rey de Sión, se evidencia la sutil inteligencia del hijo de David. Errar bien puede el sabio, mas nunca el corazón que pone sus abejas de amor en libertad, afirma la predilecta de Salomón. A ello contesta el Rey, enamorado: ¡como las vuestras me hieren en verdad!

Otro diálogo valioso aparece en las siguientes páginas de este libro saturado de belleza y de pensamiento. Se titula *Juan y Jesús*. Un cedro, Juan. Un verde olivo, Jesús. Conversan los dos videntes. Soñando quieren elaborar la redención del hombre. El rico no merece perdón, sentencia el Discipulo. El triste, el abatido tendrá en mi pensamiento blando refugio, declara el Maestro.

Los dos son sembradores. El Apóstol morará contento en el Desierto. De allí saldrá para anunciar al Salvador prometido por el iracundo Isaias. Es la de Juan una hiriente suavidad de seda. El Maestro así lo comprende. Sus misiones son parecidas. Mejor dicho, son una misma. Ir, con las simientes del Amor, fecundando los surcos humanos para, en no lejano día, obtener la gran cosecha de la felicidad.

Perfecto modelo de las tendencias modernistas de Brenes Mesén es, sin duda alguna, su poema titulado *La aventura de Arión* inspirado por unas frases del sapiente Herodoto. Encontramos allí una sucesión inefable de imágenes bien halladas y admirablemente dichas... "La brisa de labios sonoros se reclina cantando en la vela de la nave... Está el mar tinto en sangre de violetas... Aquel barco vuela en los hombros rizados de la ola... Junto a la cresta brisa también se acerca a recostarse el viento sonando sus clarines... Y el viento cabalga en el potro del mar que suda en el cuello y las ancas las blancas saladas espumas que fijan la huella del potro salvaje del mar... Tinta en sangre de violeta se tranquilizó la espalda del océano incansable... Parecía la voz del instrumento colgando de la voz del citarista una invisible flor derramando el olor de su aliento en la cresta y sonante cabellera del viento y en los senos azules del mar... No hay uno que rompa el encanto del canto a Neptuno... Mudos están los clarines del viento que escucha... El mar, con el arco del brazo de una ola, se empuja hasta el barco... Fletaste en tu barca el tesoro de tu oro..."

Hay libertad en la medida de los versos. Libertad amplia y segura. Hay independencia en la rima. Hay absoluta libertad en el ritmo. Es, en resumen, una lírica de perfecta extracción modernista.

Ante la muerte de la Luna, desfile interesante de imágenes de potencia artística, es el poema de los anhelos hondos del Poeta: lo satura la esperanza en una Humanidad más perfecta, en un Mundo mejor. En un porvenir tan amplio como lo merecemos.

Duele en el alma la injusta soledad espiritual de Dolly, la simpática doncella cuyas ilusiones llenan de encanto la lírica titulada *Alma oscura*. Ella sabe que el Amor es esencialmente Dolor. Y vive sólo para el Amor. Es decir, para el Dolor.

En *Mab* encontramos una nueva comprensión del sentimiento amoroso. Allí encontramos a Maya, la niña de nombre simbólico. Es ella la Ilusión misma. Allí también se halla Mab, la mujer de nombre bello. Es ella la Hechicera. En una parábola de íntimas sugerencias, el Poeta nos conduce hacia una de sus verdades preferidas: el Amor, a lo largo de una odisea sin igual, se desvanece. El Amor, como todo lo humano, es soledad. Es ausencia. Es, en el fondo, ingratitud.

El secreto del Dolor, el enigma de la Muerte, se manifiestan, sin velo alguno, en el poema *Terror sagrado*. Es una lírica de misteriosa profundidad. La Muerte, serena, sumergida en la sombra, resignada al silencio, se mantiene ajena al destino del hombre. Medita en lo eterno: en el Dolor de los humanos.

En este libro denso de belleza encontramos, a cada paso, en cada lírica, lo gris de la Vida, lo amargo de los Deseos. Surge, sin quererlo, el ansia de la inmovilidad eterna: ansiedad angustiosa que conduce, de la mano, hacia un escepticismo desolador, hacia un pesimismo sediento de una Verdad que no encuentra.

En el fondo de cada uno de los poemas de este joyel lírico se vislumbra una futura orientación ideológica. El Poeta, con paso firme, se dirige hacia nuevos umbrales. Así ha de llamarse su próxima obra poética: *Hacia nuevos umbrales*. A ella he de referirme en otra de mis cartas.

Con la estima de siempre saluda cariñosamente al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA